
HARLEQUIN
Bianca
UNA BELLEZA IRRESISTIBLE
KIM LAWRENCE



UNA BELLEZA IRRESISTIBLE

KIM LAWRENCE



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una belleza irresistible, n.º 1489 - agosto 2018
Título original: The Spaniard's Love-Child
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9188-644-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

MADRE, debes descansar –Raúl Carreras miró a su madre con preocupación y la ayudó a acomodarse sobre las almohadas.

Estaba pálida y parecía que iba a desmayarse, algo que no era de extrañar ya que no gozaba de buena salud, y no hacía mucho que había perdido a su marido y a uno de sus hijos.

–¡No quiero descansar, Raúl! –se quejó Aria Carreras y retiró la manta con la que la había cubierto su hijo–. No me trates como a una niña. Han secuestrado a mis nietos. Dios sabe dónde estarán. Quizá ni siquiera estén vivos –dijo con los ojos llenos de lágrimas. Raúl se puso tenso al ver que su madre se cubría la boca para contener un gemido de desolación. Quizá no fuera capaz de mitigar el dolor que ella sentía, pero, sin duda, alguien pagaría por ello. Aria Carreras consiguió contener las lágrimas–. ¿Y me pides que descanse?

–No estamos seguros de que hayan secuestrado a los niños…

–¿Pero tú crees que sí? Si tu padre estuviera aquí, sabría lo que hacer. Si estuviera vivo, esto no habría sucedido. Él no lo habría permitido –levantó la vista y vio que su hijo hacía una mueca de dolor. Raúl no solía mostrar sus sentimientos a los demás. Ella le agarró la mano–. Lo siento. Eso ha sido injusto por mi parte. Tú has hecho que nuestra seguridad mejorara mucho.

Raúl le apretó la mano y sonrió, pero se guardó para sí el comentario de que a pesar de que hubiera mejorado la seguridad, no había evitado que alguien entrara en la casa y se llevara a los niños sin que sonara la alarma–. Y si tu padre estuviera vivo, a estas alturas ya habría gritado a todo el mundo, despreciado a la policía y causado un incidente diplomático.

–Por lo menos –convino Raúl, y se sentó al borde de la cama–. Ahora debes confiar en mí. Haré lo que haya que hacer para rescatar a Antonio y a Katerina.

Si hubiera sido cualquier otra persona, Aria habría pensado que se lo decían para tranquilizarla, pero Raúl nunca prometía nada que

no pudiera cumplir.

–Lo sé –dijo Aria, y le acarició la cara.

–Entonces, ¿vas a tomarte los sedantes que te ha mandado el médico?

–Si es lo que debo hacer… –dijo su madre dando un suspiro.

Su hijo la besó en las dos mejillas y le prometió que la llamaría en cuanto supiera algo más. Al salir, habló un instante con la doncella que estaba aspirando la habitación y tras sonreír a su madre, se marchó del dormitorio.

El detective de la policía que llevaba el caso interrumpió la conversación que mantenía con su socia y se volvió al ver que Raúl Carreras entraba de nuevo en el despacho.

–¿Cómo está la señora Carreras? –preguntó el detective.

–El médico le ha dado un sedante.

Se miraron y, el detective, que había estado a punto de colocar su mano sobre el hombro de Raúl como gesto de consuelo, cambió de opinión y se la metió en el bolsillo. Esperó en silencio hasta que el hombre alto de cabello oscuro se quitó la chaqueta y la dejó sobre una silla estilo Luis XIV, sintiendo un poco de envidia al fijarse en su cuerpo musculoso.

El inspector Pritchard se había encargado de investigar varios secuestros y estaba acostumbrado a ver destrozados a los familiares cercanos a la víctima. Sabía todo lo que había que decir en aquellas situaciones, pero era evidente que en aquel caso no necesitaban compasión.

Era consciente de que cada persona reaccionaba de diferente manera, pero nunca había visto a nadie capaz de mantener el control como aquel hombre. Era imposible saber cuáles eran los sentimientos de Raúl Carreras, si es que acaso tenía sentimientos.

Quizá se derrumbara en algún momento, pero lo dudaba.

–¿Y cómo continuaremos a partir de ahora? –preguntó Raúl.

–Hay ciertos procedimientos establecidos, señor.

Por primera vez, la frustración que sentía Raúl amenazó con traspasar la barrera que él mismo había construido para protegerse. La impotencia que sentía en su interior hacía que deseara pegarle un puñetazo a algo. Pero las personas a las que deseaba propinarles un puñetazo no estaban allí. Respiró hondo y se esforzó para abrir los puños que tenía fuertemente apretados.

«Concéntrate», pensó.

No podía permitirse perder el control, y menos, teniendo en

cuenta lo que podía sucederle a los niños. No podía permitir que la rabia se apoderara de él.

–Usted es el experto en esto, y seguiré sus consejos… siempre y cuando considere que lo que sugiere es lo mejor para rescatar a mis sobrinos sanos y salvos.

–Fue usted quien descubrió que no estaban, ¿verdad?

–Acostumbro a comprobar que están bien antes de retirarme por las noches –Raúl tragó saliva y se le oscurecieron los ojos.

–Imagino que se llevó un buen susto –comentó el detective.

–Sí –Raúl cerró los párpados un instante–. ¿Cuántos eran, superintendente? ¿Qué es lo que muestran las cámaras de seguridad? –Raúl frunció el ceño al ver que el optimismo se borraba del rostro del detective–. ¿Hay algún problema?

El hombre lo miró a los ojos y asintió.

–Me temo que no hay nada grabado en las cintas de las cámaras de seguridad.

–¿Nada? –preguntó Raúl apretando los dientes.

–Nada.

–¡Por Dios!

–En los casos como éste tenemos que pensar en la posibilidad de que alguien de la casa esté implicado.

–Lo supongo. Puede sospechar de los empleados de la casa, pero son de total confianza –comentó Raúl–. Todos son leales a nuestra familia.

El detective, que era demasiado diplomático como para decir que confiar en el personal era ridículo, cambió de tema.

–Su sistema de seguridad está informatizado…

–¿No es así todo?

–Me temo que lo han manipulado.

–Se supone que es imposible de trucar –dijo Raúl.

–Por experiencia, sé que tal cosa no existe, señor –contestó el inspector–. Me temo que los secuestradores no son principiantes –admitió con un suspiro–. Esa gente sabía lo que estaba haciendo.

Ambos permanecieron en silencio durante un momento, mientras Raúl miraba fijamente al inspector.

–¿Y usted sabe lo que está haciendo?

–Bueno, yo…

–La modestia no me interesa –dijo Raúl–. Lo que quiero es que sea competente.

–Soy bueno en lo que hago.

–De acuerdo, entonces, ¿ahora qué?

–Tenemos que esperar a que los secuestradores se pongan en contacto con nosotros. Tenemos alguna pista, por supuesto, pero… –se encogió de hombros.

–Esa gente sabe lo que se trae entre manos.

–La gente comete errores, señor Carreras –el detective se aclaró la garganta–. Imagino que no tendrá dificultades económicas para corresponder a cualquier petición que hagan…

–Haré lo que haga falta, siempre que esté dentro de la ley, por supuesto.

–Señor Carreras, no pierda la esperanza ni haga nada precipitado. Tenemos muchas probabilidades de rescatar a los niños sanos y salvos.

–Y de conseguir que los secuestradores reciban el castigo correspondiente.

El policía miró a otro lado y, por un instante, sintió lástima por los delincuentes. Habían elegido mal al hombre con el que se enfrentaban. Sabía que Raúl Carreras perseguiría al hombre o a la mujer que hiriera a algún miembro de su familia aunque le costara el resto de su vida.

Antonio estaba tan cansado que se había derrumbado sobre la cama y se había quedado dormido en el acto. Sin embargo, Nell tardó más de una hora en calmar a Katerina y poder descolgar el teléfono sin que la adolescente la llamara traidora y la amenazara con escaparse de nuevo.

Nell temía que cumpliera sus amenazas, así que permitió que la muchacha se desahogara con ella y le contara, de manera un poco exagerada, cómo Raúl Carreras, el tío de los chicos, que se había convertido en su tutor después de que su hermano muriera el mes anterior, manejaba la situación.

«¡Cielos! ¡Qué hombre más estúpido!», pensó ella mientras Katerina le contaba un incidente que había sucedido la semana anterior Le parecía muy mal que hubiera aparecido en una fiesta para sacarla de allí delante de todos sus amigos y llevarla a casa, pero mucho peor que le dijera que se quitara el maquillaje de la cara porque tenía un aspecto ridículo.

Su comportamiento autoritario había hecho que la muchacha adolescente se rebelara, ya que estaba acostumbrada a una disciplina mucho más suave.

Mientras Nell escuchaba lo que Katerina le contaba, pensaba en lo preocupados que debían de estar en casa del señor Carreras.

Estaba segura de que para entonces ya habrían descubierto que los niños no estaban y, teniendo en cuenta los fuertes dispositivos de seguridad de los que Katerina se quejaba, parecía increíble que los pequeños hubieran podido salir de la casa sin más.

–Si hay cámaras por todas partes, alguien os habrá visto salir.

–Las truqué para que no nos vieran. Fue coser y cantar. Pero no te preocupes, el sistema sólo estuvo apagado el tiempo suficiente para que pudiéramos salir. Las cosas de valor no corren peligro.

–Estoy segura de que estarán más preocupados por vosotros que por las cosas de valor.

–¿Tú crees? –preguntó la niña con cinismo.

–Seguro que están muy preocupados.

–¡No me importa!

–No me lo creo, Kate.

–De acuerdo, pero ¡ellos no son mi familia! –dijo Katerina, y escribió un número de teléfono en un papel que le entregó a Nell–. Tú eres más familia nuestra que ellos. Nunca le dedicaron tiempo a papá porque no se casó con quién ellos querían que se casara. Ni siquiera cuando mamá se puso enferma contactaron con él.

–No sirve de nada que sientas rencor hacia ellos, Kate, porque tu padre no lo sentía, ¿no es así?

–Papá nunca se enfadaba con nadie durante mucho tiempo.

«Y menos con su hija, a quien le consentía todo», pensó Nell, y le dio un pañuelo de papel a Kate para que se secara las lágrimas. «Cualquier niña menos madura que ésta se habría convertido en una mimada», pensó mientras le daba un abrazo.

–A él tampoco le gustaría que tú lo hicieras –cuando se separaron, ambas tenían lágrimas en los ojos–. Tu tío Raúl era muy joven cuando tu padre se peleó con su familia, así que no puede tener nada que ver con lo que sucedió entonces. Quizá debes darles una oportunidad –sugirió–. Eso servirá para que todos aprendáis algo nuevo.

–Puede… pero quizá él no debería intentar que yo aprenda español.

La queja de la pequeña hizo que Nell se riera a carcajadas.

–A mí me parece algo razonable, Kate, teniendo en cuenta que eres medio española y que sabes que tu padre siempre se arrepintió de que no fuerais bilingües.

–¿Y por qué quiere mandar a Antonio a un colegio interno? ¿Eso te parece razonable? –Katerina puso cara de triunfo al ver la expresión que ponía Nell–. ¡Antonio me necesita! Cuando lo llames, dile que no vamos a volver allí –dijo enfadada. Salió corriendo y se

encerró en el baño.

Sintiéndose indefensa al oír el llanto de la chica, Nell marcó el teléfono que Katerina le había dado. Estaba dispuesta a hacer todo lo posible para facilitarle las cosas a los hijos de Javier.

–Hola, siento molestarlos a estas horas, pero ¿podría hablar con la señora Carreras? –Nell decidió preguntar por ella al ver que Katerina entraba en la habitación. Pensaba que a lo mejor sería más fácil hablar con la abuela y no con el tío de la pequeña.

–No servirá de nada. Ella hace lo que él le manda, como todo el mundo.

Al oír ese comentario, Nell recordó la única vez que había visto a Raúl Carreras.

No era el tipo de hombre del que uno se olvida fácilmente. Se estremeció al recordar la mirada de sus ojos oscuros.

La familia se había marchado del lugar donde se celebró el funeral en limusinas negras, y tampoco quedaba ningún amigo de Javier. Sólo quedaba una persona vestida de negro, con la cabeza ligeramente agachada y los primeros copos de nieve comenzaban a caer. Nell recordaba muy bien aquella imagen, igual que las palabras que ambos habían intercambiado.

Ella se había colocado entre los árboles al final del cementerio, y creía que su presencia pasaba desapercibida hasta que él levantó la cabeza y la miró directamente a los ojos.

Nell se percató del parecido que había entre los hermanos Carreras, ambos de cabello oscuro y piel dorada. Algunas facciones de sus rostros también eran parecidas, pero mientras que lo que más destacaba del rostro de Javier era su amplia sonrisa, del de Raúl lo que más llamaba la atención era la estructura perfecta de sus huesos.

Aunque fue la combinación de anchas espaldas, cuerpo musculoso, mentón prominente y largas pestañas oscuras lo que hizo que Nell se fijara en Raúl Carreras, había sido otra cosa lo que había hecho que no pudiera dejar de mirarlo.

Raúl Carreras era el hombre más sexy que había visto nunca.

Al cabo de unos instantes, Raúl arqueó una ceja. Nell dio un paso adelante y dijo:

–Lo siento, no quería asustarlo.

Él la miró con frialdad.

–No estoy asustado –dijo con seriedad.

–Soy…

–Ya sé quién es.

La hostilidad de su mirada hizo que ella se sintiera inquieta.

–¿Cómo están los niños?

Todos los intentos que Nell había hecho para ver o hablar con los pequeños después de la muerte de Javier habían sido truncados por los empleados de la casa de Raúl Carreras. Siempre le decían que, en aquellos momentos, no había ningún miembro de la familia en la casa pero que les transmitirían sus condolencias.

Ella había considerado la posibilidad de presentarse en la casa y explicarlo todo en persona, pero después había decidido que no era buena idea. Vería a los niños en el funeral y solucionaría las cosas entonces.

–Como supondrá, intentan hacerse a la idea de que su padre ha muerto.

–Ha sido una pregunta ridícula –dijo ella con cara de disculpa.

–Sí.

Nell se quedó boquiabierta. Aquel hombre era un maleducado.

–¿Me estaría entrometiendo si fuera a la casa?

–Sí.

Pensando que él no había entendido lo que ella había dicho, lo repitió.

Raúl Carreras se acercó a ella y Nell sintió que se le secaba la boca. Era muy alto y tenía piernas de atleta.

–Sólo los familiares y amigos pueden ir a casa –«y usted no es nada de eso». Aunque no pronunció esas palabras era evidente que eso era lo que pensaba.

Nell se quedó sintiéndose dolida y observando cómo se alejaba.

Capítulo 2

NELL se esforzó en no pensar más en ello y cubrió el micrófono del teléfono con la mano.

–Calla –le dijo a Katerina–. Se oye muy mal y no podré enterarme de lo que me dicen, Kate.

–Me temo que la señora Carreras no puede ponerse. ¿Desea hablar con el señor Carreras?

–Imagino que tendrá que ser así –contestó.

–¿Sí? Soy Raúl Carreras

Su voz era tal y como ella la recordaba. Se frotó los brazos al sentir que se le ponía la piel de gallina.

–Señor Carreras, es posible que no se acuerde de mí… La cosa es… puede que todavía no se haya dado cuenta, pero los niños, Antonio y Katerina… –cerró los ojos. «Como si no supiera cómo se llaman». Ellos no están allí, pero están conmigo y sanos y salvos.

–¿Puedo hablar con ellos para confirmar lo que dice?

Nell le dio el teléfono a Katerina y gesticuló diciéndole que hablara con él. La niña negó con la cabeza y se cruzó de brazos.

–Lo siento, señor Carreras, pero ahora no es un buen momento.

–¿Y cuándo será un buen momento?

A pesar de que estuviera al otro lado de la línea telefónica, su voz era heladora. Quizá Katerina no exageraba a la hora de hablar del carácter de su tío. Quizá su comportamiento no se debiera al desconocimiento de cómo criar a dos niños huérfanos, sino a que realmente era un hombre frío e insensible.

–Bueno, eso depende…

–¡No voy a verlo nunca! –exclamó Katerina.

–Katerina, creía que habíamos decidido que ibas a comportarte de manera sensata. Lo siento –dijo por el teléfono–. ¿Está usted ahí?

–Sigo aquí. ¿Qué quiere que haga? –Nell se quedó sorprendida por la pregunta. Raúl Carreras era el último hombre al que ella hubiera imaginado pidiendo consejo. Quizá había sido injusta con

él. Quizá a él también le resultaba difícil adaptarse a la nueva situación. No debía de ser sencillo para él ocuparse de dos niños que apenas conocía–. Pídame lo que quiera y se lo daré.

–¿Lo que quiera? No es cuestión de lo que yo quiera.

–Entonces, déjeme hablar con la persona que se encarga de esos asuntos.

–Señor Carreras, ha de tener en cuenta que los niños se sienten muy vulnerables en estos momentos. Han sufrido muchos cambios en sus vidas. La muerte de su padre ha sido tan repentina y… escuche, no quiero decirle cómo debe criar a los niños, pero ¿sería posible que se sentara y hablara de ciertas cosas con ellos?

–Creía que no me estaba permitido hablar con los niños.

–Sé que esto debe de ser frustrante, pero debe tener paciencia.

–Usted está agotando mi paciencia.

–¡Por el amor de Dios! ¿No puede dejar de pensar en sí mismo durante un momento e imaginar cómo se sienten los niños, señor Carreras? Otras personas pueden hacerlo –«Javier, por ejemplo», pensó en silencio.

–Por favor, cálmese.

–¡Estoy calmada! –gritó ella y miró a Katerina enfadada al ver que la niña se reía.

–Seré muy generoso.

–No se trata de dinero –le recordó con firmeza.

–Entonces, ¿de qué se trata? ¿Venganza?

–Por favor, no sea ridículo.

Katerina comentó con una sonrisa:

–Ya te he dicho que es imposible hablar con él, no escuchará nada de lo que le digas. Cree que las mujeres sólo sirven como elemento decorativo y para tener hijos.

Nell miró a la pequeña con cariño y trató de continuar la conversación de manera tranquila.

–Javier era un padre bastante permisivo –recordó la cálida mirada de Javier y que tenía gran sentido del humor.

Había pasado un año desde que ella se mudó de la casa que, durante casi dos años, había compartido con Javier en un pueblo costero, pero él había seguido siendo una parte importante de su vida.

A veces se preguntaba dónde habría terminado si una tarde no se hubiera encontrado en el supermercado con Javier y sus dos hijos enfadados. Ella lo reconoció enseguida, a pesar de que nunca había asistido a sus clases. Él era un artista famoso que alguna vez había

dado una conferencia en la escuela de arte a la que Nell asistía, y ella se había enterado de la trágica muerte de su esposa debido a que toda la comunidad artística hablaba de ello.

Javier se mostró muy agradecido cuando ella consiguió calmar a Antonio en el supermercado, y de no haber sido por ella, ahí habría terminado todo. Pero a Nell se le ocurrió una idea genial y al día siguiente, dejándose llevar por un impulso, se presentó en la casa de Javier y le sugirió un acuerdo que solucionaría los problemas de ambos.

–Estoy a punto de quedarme en la calle y usted necesita a alguien que cuide de sus hijos. Esa persona puedo ser yo, a cambio de alojamiento y comida.

Javier no la tomó en serio, pero tras la insistencia de Nell aceptó a probar un mes. El acuerdo resultó mejor de lo que ambos habían esperado.

–No tengo ningún interés en hablar de mi familia con usted –Nell escuchó la respuesta de Raúl al mismo tiempo que oyó un murmullo. Era como si hubiera alguien más en la habitación. ¿Sería una mujer? ¿Estaría él hablando desde la cama mientras alguien le acariciaba el torso? Sintió un nudo en el estómago–. Si de verdad la preocupan los niños, comprenderá que lo mejor para ellos es estar con su familia.

–Una familia que no conocen. Escuche, señor Carreras, los niños no están acostumbrados a que… –se mordió el labio inferior y se preguntó por qué metía la pata en todo lo que decía–. No estoy diciendo que usted sea duro con ellos, pero un poco de toma y daca…

–¿Con quién estoy hablando?

Nell frunció el ceño y se percató de que, hasta ese momento, el tío de los niños había estado eligiendo las palabras con mucho cuidado.

–Soy Nell Rose. Era amiga de su hermano, y por tanto…

–¿Nell Rose? ¡Por Dios! Sé quién es, señorita Rose –al oír el tono de su voz, Nell se sonrojó–. ¿Deduzco que Antonio y Katerina están con usted y que han ido allí de forma voluntaria?

–¿De forma voluntaria? Aparecieron en mi casa hace una hora y media, así que imagino que será así.

–¿Y dónde está su casa?

Nell le dio la dirección.

–No cuelgue –le ordenó Raúl.

–Lo siento, inspector, pero parece que se trata de una fuga y no de un secuestro –le dijo Raúl al detective que había estado escuchando la conversación.

–¿Conoce a esa tal señorita Rose? ¿Es sincera?

Raúl asintió. El alivio que había sentido al enterarse de que los niños no habían sido secuestrados se vio reemplazado por el odio hacia la mujer con la que se habían marchado. Una mujer que se había atrevido a aconsejarle respecto a la educación de los niños.

–¿Sincera? Supongo. Era la amante de mi hermano. No la conozco.

–Era la pareja de su hermano y ¿a usted no se le ha ocurrido que los niños pudieran haberse ido con ella?

–Ya no estaban juntos cuando falleció Javier. Ella no es de las que se quedan mucho tiempo.

Al oír el tono con el que Raúl hacía el comentario, el detective pensó que, para no conocer a la mujer en cuestión, Raúl Carreras se había formado una opinión muy concreta sobre ella.

–Señorita Rose, ¿está usted ahí? Nell trató de contener un bostezo pero no lo consiguió–. Siento mantenerla despierta, pero estaba convenciendo a la policía de que no estoy hablando con una secuestradora.

–¿Una secuestradora? ¿Yo? Está bromeando, ¿verdad?

–Se equivoca, no estoy bromeando.

–¿Pero por qué diablos se ha imaginado que habían secuestrado a los niños?

–¿Qué hubiera pensado usted, señorita Rose, si hubiera ido a su habitación a las dos de la madrugada para descubrir que no están en la cama?

Desde el otro lado del teléfono Nell no podía ver cómo a Raúl se le oscurecían los ojos al recordar el momento en el que descubrió que los niños no estaban. Al ver un bulto extraño en la cama de Antonio, retiró la ropa de cama y descubrió que eran almohadas lo que había debajo. Después, entró en la habitación de Katerina y se encontró lo mismo. Ordenó que registraran la casa de arriba abajo.

–¿Usted? Nell no pudo disimular la incredulidad que sentía. Un hombre que comprobaba que los niños estuvieran bien antes de acostarse no encajaba con la descripción que Katerina había hecho de él.

–¿Qué? –preguntó él con impaciencia.

–Bueno, sí, pero un secuestro… ¿no le parece un poco extremo? –preguntó ella.

–¿En qué mundo vive? Tenemos mucho dinero y el mundo está lleno de gente sin escrúpulos que haría cualquier cosa para conseguirlo.

Nell era consciente de que Katerina la estaba mirando y disimuló sus sentimientos. No podía imaginar el tipo de vida que él le describía.

–¿Y qué va a hacer la policía?

–¿La policía? –preguntó Katerina–. ¿Ha mandado a la policía para que nos busquen?

Nell se cubrió los labios con un dedo para que la niña se callara.

–No se preocupe, señorita Rose, no van a perseguirla por haberles hecho perder el tiempo.

–Imagino que no lo tendrán fácil.

–Bueno, si me hubiera llamado en cuanto los niños llegaron allí, como habría hecho cualquier adulto responsable… teniendo en cuenta lo preocupada que debía de estar la familia, en lugar de esperar horas, habría evitado mucho dolor, por no hablar del tiempo que le ha hecho perder a la policía.

Nell se mordió el labio inferior. La presencia de Katerina evitó que le dijera un par de cosas bien dichas a Raúl Carreras.

–Creo que será mejor que terminemos esta conversación por la mañana, cuando todos hayamos dormido un poco –sugirió ella.

–¿Por la mañana? –Raúl soltó una carcajada–. ¿Cree que voy a permitir que los niños pasen la noche en su casa? Dígales que estaré allí en veinte minutos.

–Cielos, es tan estúpido como parece.

–Veinte minutos –dijo él tras respirar hondo.

Los ojos azules de Nell brillaban con rabia mientras colgaba el auricular.

–¿Va a venir? No voy a irme con él –dijo Katerina obstinada.

–Estás cansada, Kate. ¿Por qué no te metes en la cama hasta que llegue tu tío?

–Quieres decir que va a llevarnos con él.

«Tendrá que pasar por encima de mi cadáver», pensó Nell.

–Nadie va a hacer nada hasta mañana por la mañana –tranquilizó a la niña.

Capítulo 3

NELL abrió la puerta antes de que Raúl tuviera oportunidad de llamar al timbre. ¿Habría estado mirando por la ventana para ver si llegaba en coche? Dejó de pensar en el coche que había dejado aparcado en la calle de un barrio poco recomendable y se fijó en la mujer que tenía delante.

Una mujer como aquélla no tendría que vivir en un sitio como aquél. «Más de un hombre, como mi hermano, estaría dispuesto a alojarla en una casa lujosa, aunque ella tendría que hacer un pequeño esfuerzo para mejorar su aspecto», pensó. El cabello rojizo de Nell caía alborotado alrededor de su cara de tez pálida.

Las mujeres con las que él salía no tenían el pelo enredado. Eran elegantes, atractivas, e inteligentes y, como él, no estaban interesadas en relaciones serias.

Era posible que estuvieran despeinadas por las mañanas, pero Raúl no tenía la costumbre de pasar toda la noche con una mujer. Se despertaba temprano y se marchaba antes de la hora del desayuno.

Como si pudiera leer su pensamiento, Nell se retiró un mechón de pelo de la cara. Raúl se fijó en lo delgada que tenía las muñecas.

Sus manos, igual que sus pies descalzos, eran pequeños y estrechos, y con el enorme pijama con dibujos de osos de peluche que llevaba, no parecía mucho mayor que su rebelde sobrina. Aquella mujer era como un camaleón, ya que Raúl sabía que Nell Rose podía tener un aspecto muy diferente.

Recordó el día que la había visto en la playa con su hermano. Un biquini de pequeñas proporciones dejaba las curvas de su cuerpo al descubierto y él la había observado mientras ella tomaba el sol. En un momento dado, ella le susurró algo a su hermano y salió corriendo hacia el agua. Javier la alcanzó en la orilla. Las risas de ambos se podían oír desde el lugar donde se encontraba Raúl, y éste los observó hasta que ambos se metieron en el agua. Después se volvió y se alejó.

Le resultaba muy doloroso ver cómo el hermano que respetaba y admiraba se conformaba con una chica mucho peor de lo que podía conseguir. Una chica demasiado joven para él. Y sólo se planteó durante un instante la posibilidad de que lo que en realidad lo molestaba era el hecho de que su hermano estuviera pasándoselo tan bien.

El día del funeral, ella iba mucho más recatada, pero Raúl sabía qué clase de mujer se escondía tras el traje oscuro y la expresión de tristeza de su rostro.

Raúl trató de no pensar en ello y la miró a los ojos. Alguien que no conociera su historia no habría pensado que aquella mujer, a los dieciocho años, se había adentrado en la casa, la cama y el corazón de un hombre.

–Señorita Rose…

Raúl vio cierto brillo de impaciencia en la mirada de Nell. Imaginó el cuerpo que se ocultaba tras la ropa holgada y pensó en cómo muchos hombres se excitaban al ver esa fragilidad, pero a él no le gustaba esa clase de vulnerabilidad delicada.

–Hable más bajo –susurró ella.

–¿Están listos los niños?

–No –Nell sonrió para que su respuesta pareciera más dulce y trató de mantener la compostura, al menos en apariencia.

Nada más ver a Raúl se le había acelerado el pulso y le habían comenzado a temblar las manos.

–Creía que le había dejado claro lo que quería.

Era evidente que no estaba acostumbrado a que lo desobedecieran.

–Así es –admitió ella–. Pero a mí no me pareció una buena idea.

–¿No le pareció una buena idea?

¿Estaba enfadado porque ella pensaba por sí misma? Nell sonrió y los ojos de Raúl se llenaron de rabia. Nell decidió que no tenía sentido enfrentarse a él y que, después de todo, habría pasado una mala noche. En aquellas circunstancias tenía derecho a estar de mal humor y a no sonreír. Lo observó un instante y decidió que era muy atractivo.

Si hubiera sido otro hombre le habría parado los pies en ese mismo instante. El problema era que no era otro hombre. «No puedes permitir que tu opinión se vea afectada por su atractivo sexual. No puedes hacerlo responsable porque se parezca al hombre que aparece en tus sueños y después culparlo por estropearlo todo con sólo abrir la boca».

Aunque quizá era mejor así porque, si su personalidad hubiera

sido igual de perfecta que su aspecto, el hecho de que fuera inalcanzable para alguien como ella habría sido muy trágico.

Al pensar en lo mal que debía de haberse sentido al creer que habían secuestrado a los niños, hizo que Nell se compadeciera de él.

–Mire, creo que no ha pensado bien en esto –le dijo con amabilidad–. ¿Qué tal si hablamos de ello? ¿Quiere pasar? –se echó a un lado.

–No hay nada que hablar y lo que quiero es llevarme a los niños a casa en mi coche, que, sin duda, a estas alturas, ya me lo habrán abierto para robarlo.

–Ah, es su coche lo que lo preocupa –se arrepintió del comentario nada más pronunciarlo–. Y yo que pensaba que lo que lo preocupaba eran Kate y Antonio.

–De veras, señorita Rose, no creo que mis preocupaciones sean asunto suyo.

Su respuesta hizo que Nell se sonrojara. No estaba segura de si Raúl Carreras trataba a todo el mundo de la misma manera o de si era a ella a quien le daba un trato especial. No deseaba que Raúl Carreras la aceptara, pero si la antipatía que mostraba hacia ella era algo personal, no le serviría para defender a los niños.

–Kate y Antonio también son asunto mío –la pregunta no era por qué Katerina había huido de casa de su tío, sino por qué había tardado tanto en hacerlo.

Raúl sonrió con frialdad y respondió:

–Por suerte, eso no es cierto. Usted es la ex amante de mi hermano fallecido, creo que legalmente eso tiene muy poco peso.

«¡La amante!».

Nell comprendió la razón por la que él mantenía esa actitud. No sabía cómo no se le había ocurrido antes, ya que no era la primera vez que alguien asumía que Javier y ella eran amantes.

Aunque a Nell le parecía algo imposible, comprendía por qué podían pensar de esa manera. Habían compartido la misma casa, ninguno tenía pareja y a pesar de que Javier era mucho mayor que ella, era un hombre muy atractivo que no pertenecía a la misma clase social que su hermano.

¿Pero quién pertenecía a esa clase social?

Nell se fijó en el rostro de Raúl Carreras. Quizá fuera un estúpido, pero no se podía negar que de su cuerpo emanaba un fuerte atractivo sexual. Pensativa, trató de imaginar cómo habría llegado a la conclusión de que Javier y ella habían sido amantes. A pesar de que no lo había conocido hasta el día del funeral, sí sabía que Javier y él no se reunían muy a menudo. ¿Habría dicho algo

Javier que hubiera podido malinterpretar su hermano? De haber sido así, Javier, que siempre había tenido mucho cuidado para proteger la reputación de Nell, le habría aclarado la confusión. Él siempre se había preocupado más que ella por lo que la gente pudiera pensar sobre ellos.

–Ha sido una tarde muy dura, señorita Rose. Creo que sería una imprudencia por su parte agotar mi paciencia.

Nell lo miró con rabia y un sentimiento de odio comenzó a florecer en su interior.

–¿Eso es una amenaza? –le preguntó.

–Es un hecho.

–¿Le importaría bajar el tono de voz? Tengo vecinos.

–Creía que en un barrio como éste el ruido sería el problema más leve para los vecinos –cada vez que Raúl imaginaba a los niños caminando a solas por aquella zona se le helaba la sangre.

–¡Usted es un esnob! –exclamó ella.

Raúl observó la cara de enfado que tenía Nell. Se pasó la mano por entre el cabello y después se acarició la barbilla.

–¿Le gustaría caminar sola por estas calles?

–Lo he hecho más de una vez –dijo, sin admitir que lo había hecho porque no le quedaba otro remedio y que no le había gustado nada.

–Entonces, es estúpida.

–Tiene derecho a dar su opinión.

–Estoy dispuesto a pasar por alto su implicación en lo que ha sucedido esta noche, sin embargo, mi paciencia tiene un límite.

–¿Implicación? Escuche, sé que si encuentra un culpable no tendrá que analizar su propio comportamiento, pero me niego a que me utilice como cabeza de turco.

–No estoy sugiriendo que usted planeara lo que ha sucedido.

–Es muy amable por su parte –dijo con ironía.

–¿Espera que crea que no fue usted quien le dio la idea a Katerina? Estoy seguro de que lo hizo de forma sutil. Un comentario por aquí, otro por allá… –entornó los ojos y la miró–. No sé lo que espera conseguir ganándose la confianza de mis sobrinos, pero creo que debe recordar que yo no soy mi hermano.

–¿Qué quiere decir?

–Era evidente que mi hermano la apreciaba, pero yo no. Si esos niños sufren por su culpa, tendrá que vérselas conmigo. Ah, y en caso de que se lo estuviera preguntando, sí es una amenaza.

–¿Sugiere que los animé a escapar? –preguntó enojada–. Me gustaría estar presente cuando se dé cuenta de cómo ha

subestimado a Katerina.

–No trate de quitarse la culpa.

–¡No lo estoy haciendo! –exclamó Nell–. Sólo quería decirle que no aprecia ni una pizca lo resuelta e inteligente que es Katerina –«ni cómo necesita a alguien que la quiera», pensó con tristeza.

–Soy consciente de que Katerina es inteligente; sin embargo, le falta concentración.

–No le faltó concentración para amañar su sistema de seguridad –Nell se fijó en la cara de asombro que ponía Raúl.

–¿Katerina? –preguntó con escepticismo–. Eso no es posible. Nell sonrió y Raúl apretó los dientes–. Es culpa mía por no haber puesto fin a las llamadas telefónicas y a los correos electrónicos –apoyó la mano en el cerco de la puerta, por encima de la cabeza de Nell. Ella lo miró a los ojos y sintió cómo el deseo se apoderaba de su cuerpo y apenas la dejaba respirar. Era incapaz de desviar la mirada–. Tengo intención de rectificar ese error.

–¿Impidiéndome que me ponga en contacto con ellos? No puede ser tan cruel.

–La confianza que tiene en mi bondad es halagadora, pero está equivocada.

–No es algo de lo que alardear –contestó ella.

–Para mí está claro que, sin su influencia, los niños se habrían adaptado a la nueva vida con normalidad.

Nell lo miró con incredulidad.

–Ni siquiera usted se cree eso.

–Sí lo creo –masculló entre dientes–. ¿Cómo pueden recuperarse cuando usted no hace más que recordarles el pasado?

–¿Quiere decir que les hablo sobre su padre? Necesitan que se hable de él. Yo necesito hablar de él –se volvió al sentir que las lágrimas inundaban sus ojos y pestañeó para contenerlas. Cuando recuperó el control y lo miró a los ojos, descubrió que él la miraba con rabia.

–Pueden hablar de Javier conmigo.

–Usted no lo conocía. Y no digo que fuera su culpa.

–Guárdese su compasión. No voy a cambiar de opinión. Es evidente que tiene una influencia no deseable sobre los niños.

–¿Me está llamando indeseable?

–¿Indeseable…? –había algo en su tono de voz que hizo que Nell lo mirara con atención. Cuando sus miradas se encontraron, Nell retrocedió y se quedó boquiabierta–. Lléveme hasta donde están los niños.

Nell lo dejó pasar y se estremeció al sentir un fuerte calor en el

vientre. La expresión de sus ojos transmitía un deseo sexual primitivo y explícito, y su mirada estaba dirigida a ella. Se decía que el amor y el odio estaban muy relacionados… ¿Sucedía lo mismo con el odio y el deseo?

Capítulo 4

NELL tardó un momento en recuperar el control de la situación. Entró en el piso y se encontró con que todas las puertas del salón, menos una, estaban abiertas. Raúl tenía la mano en el pomo de la que estaba cerrada.

–¿Qué cree que está...? ¡No puede entrar ahí! –lo agarró del brazo, pero él ya había abierto la puerta de su dormitorio. Se detuvo al ver a los dos niños dormidos en la cama de Nell.

Se volvió para mirarla y, de nuevo, miró a los niños. «¿Cómo se comprende a un hombre que siempre oculta tan bien sus sentimientos? Bueno, no siempre», pensó Nell al recordar el fuerte deseo que había visto en su mirada.

Contuvo la respiración al ver que Raúl se acercaba a los pequeños. Convencida de que iba a despertarlos, se sorprendió al ver que iba a tapar bien a Antonio. Después, pasó la mano sobre su mejilla, pero sin tocarla, y Nell se asombró aún más con ese gesto de ternura. Al sentir una fuerte presión en el pecho, provocada por la emoción, salió de la habitación. Cerró los ojos y se apoyó en la pared. Era evidente que él se preocupaba por los niños, pero que no tenía ni idea de cómo demostrarlo. Cuando abrió los ojos, descubrió que él estaba a su lado.

–¿Por qué no me dijo que estaban dormidos? –preguntó él de manera acusadora.

–¿Qué creía que intentaba hacer? Imaginaba que ya se habría dado cuenta de que, a estar horas, era una crueldad llevárselos a casa teniendo que atravesar todo Londres.

–Tan cruel como animarlos a montar este numerito, ¿quizá?

–¡Otra vez no! –exclamó ella.

–¿Le han dicho que no podían hablar conmigo?

Nell sabía que había tenido que hacer un gran esfuerzo para hacerle aquella pregunta y que, probablemente, ése sería el comportamiento más humilde que podía realizar. Sentir lástima por él era lo más ridículo que podía pasarle.

–Podría escucharlos de vez en cuando.

Raúl se contuvo para no responder de forma maleducada y se volvió. Nell observó cómo movía el cuello en círculos para liberar tensión y se le formó un nudo en el estómago. Al sentir que comenzaban a temblarle las piernas, se apoyó en el brazo del sofá.

–Estaban lo bastante descontentos como para salir huyendo. ¿Le dijeron por qué?

–No creo que Antonio esté descontento.

–¿Pero Katerina sí?

–Está preocupada porque va a enviar a Antonio a un colegio interno –admitió Nell–. Ella se siente responsable de él.

Raúl se volvió para mirarla de frente.

–Es demasiado joven para sentirse responsable de nadie.

Nell suspiró y asintió.

–¿Tiene que separarlos?

–Todo está arreglado. Es un buen colegio. Yo también asistí a él. Supongo que para usted no es una recomendación muy buena, ya que ese colegio me ayudó a ser el hombre que soy.

Nell soltó una carcajada.

–Dudo que alguna vez haya sido tan maleable –a pesar de su comentario, Nell imaginó a un niño solitario interno en un colegio del extranjero. Le resultaba difícil imaginarse a aquel hombre sufriendo los traumas de la adolescencia. Raúl era una de esas personas que parecían que nunca habían sido niños, pero a pesar de todo, la imagen del niño solitario permaneció en la cabeza de Nell–. Estoy segura de que recibió una educación excelente y que lo ayudó a convertirse en un hombre seguro e independiente, pero ¿fue feliz? ¿Disfrutó del tiempo que estuvo allí?

–Su padre también fue a ese colegio, aunque cuando yo entré él ya se había marchado. Sin embargo, su reputación permanecía –añadió con frialdad.

Javier había sido una leyenda. Un chico popular y un gran deportista gracias al que los equipos que entrenaba habían conseguido muchos trofeos. Desde el primer momento en que Raúl pisó el colegio, le quedó claro que esperaban mucho de él.

Raúl había sido una gran decepción para aquellos que esperaban que siguiera los pasos de su hermano.

Una ironía, teniendo en cuenta que fue Javier el que más tarde eligió un camino que la gente no esperaba que tomara, y que su hermano pequeño no había sido capaz de aceptar las normas del colegio. Era un chico solitario, no le gustaba el deporte en equipo y enseguida se quedó apartado del resto de sus compañeros. De no

haber sido por su estupendo expediente académico, Raúl habría sido considerado un fracasado por parte del sistema escolar.

Nell miró al hombre que tenía delante. No le había contestado a su pregunta… ¿significaba eso algo? Decidió que no tenía nada que perder por presionarlo un poco.

–¿Ha movido algunos hilos para que aceptaran a Antonio en ese colegio? –él asintió de manera casi imperceptible–. ¿Y no podría hacer algo para cambiarlo? O al menos, no tomar la decisión final todavía.

Raúl respiró hondo y se sentó en la butaca con elegancia.

–Cree que debería ceder ante una maniobra como ésta? –se echó hacia delante, retiró un cojín que había detrás de él y lo tiró al suelo con cara de disgusto–. ¿Y qué mensaje transmitiré con ello? –Nell no respondió a su razonable pregunta–. Si cedo ahora, la próxima vez que a Katerina no le guste algo creerá que lo único que tiene que hacer para cambiar mi decisión es salir huyendo. No voy a permitir que una adolescente me haga chantaje.

–Ésa es la cuestión. Es una adolescente. No está tratando con una banda terrorista, son niños. Niños confusos y asustados. Decir que su familia no está dispuesta a negociar no es la solución.

Raúl se acarició la barbilla y miró a Nell con cara de pocos amigos.

–Entonces, ¿cuál es la solución?

–¿Por qué me lo pregunta a mí?

–Bueno, parece que usted es la que tiene todas las respuestas. La dulce voz de la razón.

Su comentario irónico hizo que Nell se sonrojara de pura rabia.

–Alguien tiene que serlo. Y para serle sincera, empiezo a estar aburrida. ¡Usted es igual que Katerina! –lo acusó–. Pero al menos, ella tiene la excusa de tener quince años y ser víctima de unas alocadas hormonas. Se lo advierto, si se encierra a llorar en el baño no seré yo la que le ofrezca un hombro para desahogarse. No fui yo la que eligió ser la tercera en discordia –dijo indignada.

Raúl dejó de mirarla a la cara y se fijó en su pecho. Después, mirándola a los ojos, estiró las piernas y metió las manos en los bolsillos.

–Yo también tengo hormonas… –dijo él con tono seductor.

–Enhorabuena.

–Pero no hacen que me quiera encerrar en su baño.

Nell sintió que le daba un vuelco el corazón. Desde luego, no quería que Raúl le contara lo que sus hormonas le pedían que hiciera.

–¿Y si dejamos a sus hormonas fuera de esto? –sugirió ella con cara de disgusto. El problema era que el disgusto era fingido. De hecho, estaba excitada. Muy excitada.

–Por supuesto. ¿Hacen que se sienta incómoda?

–¿No era ésa su intención? –lo retó–. Mire, estoy dispuesta a admitir que es un hombre muy atractivo, pero no es mi tipo.

Él la miró con cara de incredulidad y ella se sonrojó.

–Entonces, ¿cuál es su tipo?

–¿Mi tipo? –repitió Nell. Era como si los ojos de Raúl tuvieran un efecto hipnótico. Ella se sentía medio mareada y caliente… muy caliente. Desesperada, buscó la respuesta más fácil–. Javier.

–¿Cómo he podido olvidarlo?

–«Compromiso» no es una palabrota –dijo ella–. No hay soluciones fáciles, pero quizá preguntarle a los niños qué es lo que ellos quieren lo ayudaría. ¿Qué le parece tan divertido? –preguntó al ver que ponía una amplia sonrisa.

–Intentaba imaginar a mi padre preguntándome qué es lo que yo quería.

–Se trata de aprender de los errores de nuestros padres, y no de cometerlos de nuevo.

Raúl se puso en pie.

–¿Y usted siente que tiene derecho a hablar de mis padres porque…? –la miró con desdén.

–Su padre nunca conoció a sus nietos.

El comentario de Nell hizo que él se quedara de piedra.

–*Touché*.

Nell bajó la vista. Había algo adictivo que hacía que no pudiera dejar de mirarlo, sus movimientos, sus expresiones, el conjunto la dejaba fascinada.

–Sin embargo, yo no soy mi padre.

Nell lo miró a los ojos. «Así que la relación con su padre no fue buena», pensó.

–Me gustaría que se sentara. Esa manera de mirarme desde las alturas es muy intimidante.

Raúl soltó una carcajada.

–No está intimidada por mí.

–¿Y quiere que lo esté? –preguntó con una sonrisa.

–Quiero… Quiero… –«La deseo», pensó para sí–. ¡Dios mío!

–No hace falta que levante la voz –había algo alarmante en su rígida postura–. ¿Se encuentra bien?

Raúl se pasó la mano entre el cabello antes de mirar a Nell con

una expresión indescifrable. Puso una tensa sonrisa.

–Me parece que ha ganado. Permitiré que los niños duerman aquí.

–No era un concurso.

–¿No? En cualquier caso, creo que debo irme –miró el reloj que llevaba en la muñeca y arqueó las cejas al ver la hora–. ¿A qué hora he de venir a recoger a los niños?

A pesar de la formalidad con la que hizo la pregunta, Nell experimentó un sentimiento de protección hacia él. Era muy tarde, tenía ojeras y parecía que no había dormido en mucho tiempo. Era una tontería dejarlo conducir a esas horas de la noche.

–Cuando llegue a casa será casi la hora de venir otra vez –comentó ella.

–¿Está sugiriendo que no me vaya?

Ella tragó saliva al notar que las mejillas se le ponían coloradas.

–Estoy diciendo que si quiere utilizar mi sofá, puede hacerlo.

Él miró el pequeño salón.

–¿Y dónde dormirá usted?

–Con usted no.

–Siempre he pensado que es de sabios esperar a que se lo pidan.

–Intentaba ser amable, a pesar de que usted se ha portado muy mal conmigo desde que entró. Y si lo único que puede hacer es reírse de mí, le diré que le da un aspecto horrible –«de una manera atractiva y devastadora», pensó ella–. Lo más probable es que se choque con una farola y se mate. No quiero sentirme responsable por ello.

Él la miró como si fuera lo más raro que había visto nunca.

–Si pensara que es peligroso, no conduciría.

Nell soltó una carcajada.

–La mayor parte de los hombres que conducen cuando han bebido creen que el alcohol mejora sus reflejos.

Raúl tensó los músculos de la cara.

–¡Me está acusando! ¡Por Dios! ¡Yo no conduzco si he bebido!

–No he dicho que lo haga. Lo que quería decir es que una cosa es lo que usted se cree capaz de hacer y otra lo que es capaz de hacer.

–Esos hombres que se sientan detrás del volante después de haberse tomado unas cervezas, posiblemente también crean que la cerveza mejora su rendimiento en la cama –dijo con ironía–. Me ofende que me comparen con esa clase de hombres.

–Creo que se lo dice usted todo. Yo sólo he sugerido que quizá

esté más cansado de lo que cree y le ofrecía una cama para que pase lo que queda de noche –dijo ella, deseando no haberse molestado en hacerlo–. ¡No estoy sugiriendo que no conozca sus límites dentro o fuera de la cama! –cerró los ojos. ¿De veras había pronunciado esas palabras? Respiró hondo y abrió los ojos, tratando de no pensar en lo que Raúl era capaz de hacer en la cama–. Mire, ¿quiere quedarse o no?

–Me quedo.

Nell sintió un nudo en el estómago. «Eso te pasa por preguntar».

–De acuerdo. Iré a por una manta y una almohada.

–No hace falta. Me quedaré en la silla. Usted se puede tumbar en el sofá.

–Eso es ridículo. Es demasiado alto.

–¿Podemos compartir el sofá?

–Si va a burlarse de mí… –sintió cómo una ola de calor recorría su cuerpo.

Él la miró fijamente.

–Aprecio que la gente diga lo que piensa, pero ¿tiene que convertirlo todo en una discusión?

–Mira quién lo dice… –Nell se calló al ver que él comenzaba a quitarse la chaqueta. Lo miró con incredulidad y vio que también se desabrochaba la camisa.

–Me quedaré en la silla.

De pronto, Nell pensó que la discusión acerca de dónde dormiría cada uno ya no era importante. Contemplando su torso desnudo le preguntó:

–¿Qué hace?

–Quitarme la ropa.

–¡Eso ya lo veo! –la piel de su cuerpo era dorada y su torso musculoso estaba cubierto por una fina capa de vello varonil.

–Entonces, ¿por qué lo pregunta?

Nell se disponía a contestar cuando vio que él se desabrochaba el cinturón. Cambió de opinión y se dirigió al armario del baño para sacar un par de mantas. Regresó al salón, se las dio a Raúl y se apresuró para apagar la luz. Se metió en la cama provisional que había preparado completamente vestida.

Pasó un rato antes de que Raúl se acomodara.

–Que duerma bien, Nell Rose.

La diversión que había en su tono de voz hizo que ella apretara los dientes. Por supuesto, él sabía que ella no podría dormir. Sabía

que permanecería en la oscuridad tratando de no dejarse invadir por el deseo.

«¿Cómo puedes ser tan idiota y actuar como si nunca hubieras visto a un hombre semidesnudo?», se amonestó.

–Buenas noches –contestó con frialdad.

Desde el otro lado de la habitación, Raúl se percató del momento en que la respiración de Nell se volvía profunda y regular. Él no pudo dormir.

Capítulo 5

NELL abrió los ojos.

–Hola –dijo desperezándose como un gato y sonrió.

Raúl contuvo la respiración al ver la invitación en sus ojos azules.

–¿Qué estáis haciendo?

El tono acusador de Katerina consiguió que Nell saliera del mundo de los sueños y entablara contacto con la realidad. Se sentó en el sofá, con los ojos bien abiertos y respirando con dificultad.

–Estaba… estaba soñando –durante un instante peligroso, los sueños y la realidad se habían entremezclado.

–Tenías los ojos abiertos.

Raúl se incorporó despacio y comenzó a abrocharse la camisa

–Buenos días, Katerina –le dijo a su sobrina.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó ella–. ¿Y qué estás haciendo con Nell? –la miró como llamándola traidora–. Como si no lo supiera…

Nell se sentía culpable.

–Tu tío se ha quedado porque a la hora que terminamos no tenía sentido que se marchara a casa para regresar después –explicó.

–¿Terminasteis de qué?

Raúl dejó de mirar a Nell y se centró en Katerina.

–Haz el favor de hablar con educación –le dijo–. Después de tu comportamiento, no tienes derecho a cuestionar a nadie, y menos a alguien que se ha molestado en ayudarte.

Nell se percató de que Katerina se sonrojaba.

–Kate no quería decir nada… –su intervención fue completamente ignorada por ambos.

–Despierta a tu hermano. Nos vamos. La señorita Rose ya ha tenido bastantes molestias gracias a nosotros –Nell observó cómo sacaba un teléfono móvil del bolsillo y se lo lanzaba. Ella lo agarró en el aire–. Llama a tu abuela para decirle que estás bien. Ya se le habrá pasado el efecto del sedante que le dio el médico.

«Como si Kate no se sintiera bastante culpable», pensó Nell.

Katerina miró a su tío con los ojos llenos de lágrimas antes de dirigirse de nuevo al dormitorio.

–¿Tenía que hablarle de esa manera?

–¿De qué manera?

–Cielos, no sabe nada de diplomacia, ¿verdad? ¿No podría intentar ser un poco conciliador?

–Se ha dirigido a usted sin ningún respeto.

–Para alguien que no puede abrir la boca sin insultarme, decir eso es absurdo.

Sus miradas se cruzaron y Raúl no dijo nada durante un momento. Cuando habló, sus palabras sorprendieron a Nell.

–Me ha sonreído.

–¿Eso es delito? –preguntó ella dando un suspiro–. Ya le he dicho que estaba medio dormida. Estaba soñando.

–¿Y yo aparecía en el sueño? –preguntó en voz baja.

Nell pestañeó al ver la intensidad de su mirada.

–Era un sueño, no una pesadilla –contestó–. Escuche, sé que no tiene muy buen concepto de mí, ni de mis consejos, pero cálmese con Katerina. Es una buena chica, y no abusará de su confianza si la trata bien.

Raúl la miró durante un instante y esbozó una sonrisa.

–Se preocupa por ellos de verdad, ¿no es así?

Antes de que Nell pudiera preguntar por qué le parecía eso tan asombroso, Antonio entró en la habitación. Al ver a su tío, suspiró aliviado.

Para Nell, aquél fue un momento revelador. Decidió que la sensación que había tenido la noche anterior acerca de que el pequeño no estaba descontento con su nuevo tutor era cierta.

–Has venido.

–Así es.

–¿Vas a llevarnos a casa?

–¿Quieres que lo haga? –Raúl se agachó para estar a la misma altura que el niño.

Antonio se quedó pensativo unos segundos.

–Creo que necesitamos a alguien que cuide de nosotros. Kate cree que puede hacerlo, pero es sólo una niña. He intentado decírselo, pero…

Raúl abrió los brazos y permitió que el pequeño lo abrazara. Nell sintió un nudo en la garganta. Raúl se puso en pie con el niño en brazos, miró a Nell y vio que había lágrimas en sus ojos azules.

–Creo que Katerina te echaría mucho de menos si estuvieras

lejos. ¿Qué te parece, Antonio, si durante un tiempo vas a un colegio que esté cerca de casa? –dejó al niño en el suelo y lo miró.

–Quieres decir… ¿vivir contigo todo el tiempo?

–Si no te importa.

–¡Kate… Kate! –los gritos de su hermano hicieron que la niña regresara corriendo a la habitación.

–¿Qué pasa?

–No voy a ir a un colegio interno. Voy a quedarme contigo.

–¿De veras? –miró a su tío y éste asintió para confirmárselo–. Gracias. Sé que no lo habrías hecho si Nell no te lo hubiera pedido –afirmó–. Pero gracias de todos modos.

–Yo no puedo hacer que tu tío decida algo que no quiere –comentó Nell, y miró a Raúl para ver cómo se había tomado el comentario de la pequeña.

–La señorita Rose subestima su capacidad de persuasión. Y si los dos queríamos la misma cosa… –recorrió el cuerpo de Nell con la mirada transmitiéndole un mensaje sensual.

Nell se sonrojó y se volvió de espaldas a él pero, a pesar de su gesto de rechazo, su cuerpo ardía del deseo que le había provocado su mirada.

«¡Espero que nunca intente hacer algo más que mirarme!».

Más tarde, al repasar lo sucedido, se preocupó por si se había notado que estaba ansiosa por que se marcharan de su casa, pero por suerte, los niños no parecían haberse percatado, ya que estaban ilusionados con la idea de desayunar en un establecimiento de comida rápida.

Y no le importaba si Raúl se había percatado, porque no pensaba volverlo a ver.

Capítulo 6

EL REPRESENTANTE de las autoridades locales dejó claro que no había ninguna posibilidad para el centro. Los fondos gubernamentales se habían reducido al máximo y la terapia artística dirigida a niños con minusvalías físicas y psíquicas no podía seguir financiándose.

Los padres y profesores que habían asistido a la reunión habían decidido ir al pub a olvidar las penas. Nell, que no se encontraba de humor para estar acompañada, se ofreció a quedarse recogiendo las sillas y las tazas de té.

Mientras recogía, pensaba en el problema que había surgido. Se negaba a asumir que no tenía solución, pero a pesar de su optimismo, cuando terminó de fregar las últimas tazas, todavía no se le había ocurrido nada que pudiera hacer para solventar la situación.

Desconsolada, recogió su bolso. Fue entonces cuando se percató de que había algunas cosas que se habían quedado sin guardar y que no podía dejarlas allí.

Nell estaba intentando colocar un juego de brochas en la estantería más alta cuando alguien se las quitó de la mano y las dejó en su sitio. Ella gritó asombrada y se volvió para encontrarse con Raúl Carreras.

Él la agarró por el hombro al ver que se tambaleaba y se golpeaba contra la esquina de la estantería.

–¿Se ha hecho daño?

Nell se movió para que retirara la mano.

–No, estoy bien –contestó aguantando el dolor.

–¿La he asustado?

«Asustado» no era la palabra que describía los nervios que ella sentía. Nell miró al hombre que había ocupado sus pensamientos durante toda la semana. A veces creía que incluso había inventado el hecho de que él hubiera pasado la noche en su casa.

Aquella sensación de irrealidad aumentó el día en que su imagen

apareció en todas las cadenas de televisión. Había asistido al estreno de una película de cine acompañando a una joven actriz despampanante.

Raúl agarraba a la actriz por la cintura, que quedaba al descubierto por el ligero vestido que llevaba.

Al día siguiente las fotos de la pareja aparecieron en todos los periódicos bajo unos titulares que anunciaban el compromiso entre la actriz divorciada y el economista millonario.

Al contrario que el resto de la población, a Nell no le interesaban los planes de boda de Raúl. No le importaba qué diseñador se encargaría del vestido de boda ni qué celebridades estarían en la lista de invitados.

Lo único que le interesaba de verdad lo que el matrimonio significaría para Antonio y Katerina. Quizá la actriz tuviera un fuerte instinto maternal y estuviera dispuesta a cuidar de ellos como si fueran sus hijos, pero de no ser así, Nell dudaba de que le agradara la idea de compartir su hogar con las dos criaturas. Y en cuanto a Raúl, la novia parecía capaz de hacerle olvidar sus responsabilidades.

Nell había intentado no pensar en ellos, ni en el hecho de si realmente era verdad que Raúl no le interesaba, pero con él delante, todos sus esfuerzos habían sido en vano.

¿Había alguna mujer a la que pudiera no interesarle aquel hombre?

Percibió cómo el aroma de la colonia que él llevaba invadía la habitación y no pudo evitar que se le pusiera la piel de gallina.

–¿Que si me ha asustado? –se retiró un mechón de pelo de la cara–. Por supuesto que sí. ¿Qué esperaba, presentándose así sin más? ¡Casi me da un ataque al corazón! –se llevó la mano al pecho para sentir su latido.

Raúl siguió su gesto con la mirada y esbozó una sonrisa.

–Me temo que su corazón es mucho más resistente –dijo secamente.

–¿Así que ahora también es experto en medicina?

–Llamé antes de entrar, pero no me oyó.

Nell se percató de que la miraba de arriba abajo y deseó haberse puesto otros vaqueros que tenía, de tiro bajo y que dejaban parte de su vientre al descubierto. Le gustaba estar atractiva, pero nunca se había imaginado tratando de atraer la atención de los hombres y se avergonzaba por ello.

Además, hacerlo con Raúl Carreras, un hombre que salía con actrices y modelos, era perder el tiempo.

–No debió de llamar muy fuerte –comentó ella–. Y, de todos modos, ¿cómo me ha encontrado?

–¿Cómo sabe que la estaba buscando a usted? –dijo Rául con una sonrisa de burla y sin dejar de mirarla a los ojos.

–No se me ocurre ninguna otra razón por la que pudiera haber venido aquí –«y ojalá no lo hubiera hecho». De pronto, la habitación le parecía demasiado pequeña para compartirla con Raúl Carreras y Nell sintió que no podía respirar con normalidad.

Raúl miró a su alrededor y preguntó:

–Este sitio… ¿qué es?

–Aquí es donde guardamos cosas.

–¿Guardamos?

–Trabajo para una asociación benéfica que hace terapia artística con niños que tienen dificultad de aprendizaje.

–¿Así que es trabajo voluntario?

–Hay voluntarios, pero yo soy contratada –aunque le pagaban tan poco que se veía obligada a trabajar también en una tienda de alimentación.

–¿Y esos niños hacen dibujos?

–Entre otras cosas –contestó ella–. Le ahorraré los detalles.

–Cuando quiera que me los ahorre, se lo diré –repuso él–. ¿Y le gusta este trabajo?

–¿Por qué no iba a gustarme? Supongo que a usted le parecerá algo raro, pero aprender a expresarse a través del arte y de la música es de gran ayuda para esos niños. Pero no se preocupe. No estaré aquí mucho tiempo, nos han retirado la subvención y en Navidad ya no habrá dinero para mantener el proyecto.

–¿Está apenada por perder el trabajo? –le preguntó él sin dejar de mirarla.

–No se ha enterado de nada, ¿verdad? Aunque no sé por qué esperaba otra cosa de alguien como usted –murmuró ella.

–Entonces, ¿por qué no me lo explica? –sugirió él–. A ser posible, en palabras monosilábicas para que alguien como yo pueda comprenderlas.

–Puede que para usted esto sea un local sin más, pero para los niños que vienen aquí, y para sus padres… –se calló al sentir que las lágrimas afloraban a sus ojos. Metió la mano en el bolsillo para buscar un pañuelo de papel pero no encontró nada más que el dibujo que le había regalado uno de los niños.

Raúl observó cómo le temblaba el labio inferior. Él podía

enfrentarse a una Nell Rose manipuladora y sin escrúpulos, pero no a una Nell Rose emotiva y sentimental. Eso era otra cosa.

O bien la mujer tenía tendencias extrañas o él se había equivocado. ¿Y a quién intentaba engañar? Por supuesto, él se había equivocado. Se había dado cuenta durante esa semana, pero era demasiado testarudo como para admitirlo.

¿Por qué?

Le gustaba más pensar que Nell Rose había sido la amante de su hermano por cuestiones económicas que por verdadero amor. Pero ese descubrimiento hacía que se le ocurrieran más preguntas a las que no quería darles respuesta.

Nell encontró el pañuelo de papel guardado en la manga de su jersey y se sonó la nariz.

–¡Madre mía! –dijo él dando un suspiro y se acercó a ella. Al hacerlo, no se fijó en que la única bombilla que iluminaba la habitación estaba en mitad de su camino y se chocó con ella provocando que el cable se moviera y la bombilla golpeara contra el techo.

Nell oyó un pequeño estallido momentos antes de que quedaran a oscuras.

–No se mueva.

–No iba a hacerlo.

–Creo que han saltado los plomos –dijo él. Estaba tan cerca que ella podía oír su respiración y sentir el calor de su cuerpo. Al pensar en la proximidad de Raúl, se estremeció y contuvo el aliento.

–¿Está bien?

–Perfectamente –contestó ella con un susurro.

El problema era la oscuridad. Hacía que su imaginación se desbordara y le daba un falso sentido de anonimato. Era fácil comprender por qué la gente hacía cosas en la oscuridad que nunca se atrevería a hacer a plena luz.

–¿Y dónde está? –preguntó él.

–¿Dónde está el qué?

–La caja de los fusibles.

Nell se lo explicó y oyó cómo se alejaba. De pronto, se relajó y, con cuidado, salió de la habitación justo en el momento en que volvió la luz.

–¿Por qué cree que yo iba a pensar que su trabajo no tenía ningún valor? –le preguntó él.

–Porque no generamos dinero. No tenemos beneficios –le dijo–. ¿No es así como usted mide las cosas?

–Yo genero dinero, eso es lo que hago, y no veo motivo para disculparme por ello.

–¡Y en el proceso, pisotea a los demás!

–¿Podría citarme un ejemplo de mi horrible comportamiento? Yo intento no juzgar a la gente por el trabajo que hacen, la ropa que llevan o el coche que conducen.

–No, sólo lo hace en función de la persona con la que se supone comparten la cama.

Raúl se puso tenso y apretó los dientes.

–Eso fue diferente.

–¡Guau! Es capaz de decirlo sin más. Estoy impresionada.

–Si soy culpable por tener prejuicios, lo siento. Sin embargo, me da la sensación de que usted también tiene ideas preconcebidas. ¿Tener dinero implica que no puedo disfrutar de un tema musical? –agarró la guitarra que estaba apoyada en la pared y la hizo sonar–. ¿O apreciar un cuadro? –preguntó mirándola a los ojos–. ¿O incluso apreciar a una persona que tiene una vocación?

–Lo he comprendido –dijo ella–. Y apreciarlo significa que no lo desprecia.

Raúl parecía satisfecho por haber dejado clara su opinión y apoyó la guitarra contra la pared. Al hacerlo, se cayó un pedazo de yeso.

–Este lugar está en muy malas condiciones –comentó, y pasó un dedo por el cerco resquebrajado de la ventana–. Y esa caja de fusibles es de la prehistoria. Ah, y la seguridad es inexistente. Cualquiera podía haber entrado.

–Y usted lo hizo, ¿no soy afortunada?

–No es un asunto para tomárselo a broma.

Por algún motivo, estaba dispuesto a hacer un drama de un descuido. Nell se había olvidado de cerrar la puerta con llave después de que se marchara todo el mundo.

–Iba a cerrar al salir –explicó, y le mostró el llavero que tenía en el cinturón.

–Así que le parece normal quedarse sola en un edificio abierto. ¿No tiene sentido de la seguridad?

–Estoy segura de que no ha venido para hablar de la seguridad.

–No.

–¿Entonces?

–Esta semana no se ha puesto en contacto con Antonio y Katerina.

–¿Es una pregunta, o es que ha estado controlando sus llamadas?

Él la miró con exasperación.

–¿Es que siempre tiene que discutir? Sólo me preguntaba por qué no se había puesto en contacto con ellos.

–Creía que se alegraría.

–No creo que le importara mucho que yo me alegrara.

Ella lo miró a los ojos y apretó los dientes.

–No está en mi lista de prioridades –respondió ella. Tenía miedo de que él pudiera percibir en su mirada lo que sentía por dentro, así que centró la atención en una mancha que tenía en los vaqueros. «No permitas que note lo que te pasa, Nell», pensó. Esbozo una sonrisa y lo miró a los ojos. En un instante, se le encogió el corazón. «Oh, cielos. Ya lo ha notado»–. De hecho, reflexioné sobre lo que usted dijo. La mayor parte era basura –admitió–, pero supongo que tenía razón cuando me dijo que si permanecía tras ellos como un mal olor, recordarían constantemente el pasado. Quizá sería mejor que me mantuviera alejada de ellos.

–Yo no recuerdo haber dicho que fuera un mal olor.

–No hacía falta. Era evidente que lo pensaba y no…

–Me gusta cómo… –tragó saliva–. He cambiado de opinión. Creo que debe permanecer en la vida de Antonio y Katerina. Ellos la necesitan.

–¿Ha sucedido algo? –preguntó ella sospechando lo peor.

–Anoche Katerina no regresó a casa, pero no es eso lo que me ha hecho cambiar de opinión.

–¿Está bien?

–No se asuste. Ella está bien… de momento.

Nell suspiró aliviada y se apoyó en una mesa.

–Lo está volviendo loco, ¿verdad? Estar fuera toda la noche no es algo típico de Kate. ¿Está seguro de que no ha habido un malentendido?

–Seguro.

–A lo mejor no se dio cuenta de la hora que era. ¿No llamó para ver qué le pasaba?

–No sabíamos dónde estaba –admitió él–. Le otorgué la libertad que me aconsejó y éste es el resultado del nuevo régimen tolerante.

–¡Tolerante, no estúpido! –exclamó Nell–. No puede cambiar las normas sin más.

–Puede que esto la sorprenda, señorita Nell, pero la gente no acostumbra a decirme que soy un estúpido.

–Créame, se nota.

Hubo un silencio y, después, para sorpresa de Nell, Raúl soltó una carcajada. Era un sonido cálido, atractivo y desinhibido.

–Tengo curiosidad… ¿cree que si me insultan de vez en cuando

me convertiría en una persona más amable, adorable y políticamente correcta?

–¿Y privar a todos los que le hacen la pelota de obtener satisfacción en su trabajo? No sería tan cruel, pero no se preocupe, si lo que necesita es que alguien le dañe el ego, los niños son muy buenos en eso.

–Y usted también –dijo él sin sonreír, pero sin estar enfadado.

–Es una de mis cualidades –explicó ella.

–¿Y qué hay de su… era pintora o escultora?

–Pintora.

–¿Y ya no pinta?

–No soy lo bastante buena como para vivir de ello –Javier hizo que me diera cuenta.

–¿Y él era el experto? –preguntó Raúl con desaprobación.

–Sí.

–No parece muy afectada por haber perdido la posibilidad de realizar uno de sus sueños.

–¿Y qué sabe usted de mis sueños?

–Que alguna vez aparezco en ellos –su comentario hizo que Nell contuviera la respiración. Raúl observó cómo se sonrojaba–. ¿La noche que dormí en su casa?

Nell suspiró aliviada.

–Pensé que usted… –se calló a tiempo. No podía decirle que, desde entonces, era el protagonista de todos sus sueños–. Ése fue el único.

–Uno nunca sabe cuándo va a traicionarlo el subconsciente, o eso es lo que yo he descubierto. ¿No cree que abandonar su sueño es un acto de derrotismo?

–Tener decisión no es lo mismo que tener talento –aceptar que no tenía lo que le hacía falta fue una de las cosas más difíciles de su vida–. Es mejor ser realista que perder el tiempo intentando algo que nunca se llegará a conseguir. No quiero ser mediocre.

–¿Es ésa una frase suya?

–Nadie pone palabras en mi boca –su comentario enojado hizo que él se fijara en sus labios.

–¿No cree que se debería permitir que el público decidiera lo que es arte? Muchos de los artistas que hoy consideramos maestros fueron muy criticados en vida. Si hubieran adoptado la misma actitud que usted, el mundo se habría visto privado de su legado.

–No soy nada original. Soy una aficionada, como tantos otros. El mundo no perdió nada cuando dejé las brochas.

–No hace falta ser un experto en algo para obtener placer tratando de hacerlo mejor.

Nell empezó a pensar que ya no estaban hablando de arte. Las palabras de Raúl se lo confirmaron.

–Antes era muy malo besando, pero mejorar mi técnica me proporcionó muchas horas de placer –Nell se humedeció el labio inferior. No era capaz de apartar la vista del rostro de Raúl–. Bueno, pero esas cosas son relativas.

–No se puede comparar la pintura con besar.

–Ambas cosas son arte.

–Y supongo que usted se considera un experto.

–¿Es eso un reto?

Ella se llevó la mano al cuello y sintió su pulso acelerado.

–Por… por supuesto que no –intentó hablar con firmeza–. Estoy dispuesta a aceptar que es el hombre que mejor besa del mundo sin que me lo demuestre. No ha venido aquí para besarme –protestó ella.

–¿Ah, no? –preguntó con una sonrisa–. Entonces, si no es así, debería haber venido para eso.

Nell se quedó paralizada al ver que él se acercaba a ella, y sintió cómo se le formaba un nudo en el estómago. Alzó el rostro antes de que Raúl se lo sujetara con las manos.

–La atracción sexual es algo curioso, ¿verdad? –le acarició la mejilla con el dedo pulgar.

Nell cerró los ojos con fuerza y se estremeció. No podía resistirse a la virilidad del hombre que estaba junto a ella.

Raúl sintió una fuerte satisfacción al ver que Nell comenzaba a temblar.

–Todo eso de los superhombres me deja helada. –dijo ella.

Raúl le acarició el cabello y contestó:

–No creo.

Inclinó la cabeza y, mirándola a los ojos, le acarició el contorno de los labios con la lengua. Ella no pudo evitar separar los labios para que se adentrara en su boca. Él la agarró del cabello para que no se retirara.

–Esto es…

–Lo sé –dijo Raúl y la besó en la comisura de los labios antes de volver a acariciarla con la lengua. Había conseguido que se excitara. Nell tenía los puños cerrados. Estaba temblando y su cuerpo se convulsionaba con anticipación. Cuando se separaron, Raúl, la miró a los ojos llenos de pasión–. Ahora ya lo sé.

–¿El qué?

–Sé lo que se siente al besarla. Sé por qué a Javier no le importaba que la gente cotilleara a sus espaldas.

Nell se encogió como si le hubieran dado una bofetada y se echó atrás. Raúl la soltó y no trató de retenerla. Así que ¿todo era un experimento? Levantó la barbilla. Habría preferido morir antes que mostrarle el daño que le había hecho.

–Y yo ya sé cómo besa y, si me lo permite, le diré que no ha sido tan maravilloso.

–Quizá debería contratarla de manera permanente, para bajarme el ego, me refiero.

Nell tenía ganas de llorar.

–Sospecho que la novedad de que alguien le dijera lo arrogante que es se pasaría pronto –respondió en tono sarcástico.

–¿Me considera arrogante?

–Lo considero algo más, señor Carreras –contestó ella, con el cuerpo tembloroso.

–Creo que a estas alturas ya deberíamos tutearnos, ¿no crees? Dadas las circunstancias…

–Por cierto, aunque estoy disfrutando mucho de esta conversación, ¿podrías decirme para que has venido hasta aquí?

–Eres una mujer muy formal.

–No, pero tengo hambre –sus miradas se encontraron y ella se sonrojó–. De comida –soltó enfadada. No había comido al mediodía y le dolía la cabeza–. Es tarde –le recordó mirando el reloj–. Y todavía no me has dicho nada que no pudieras decirme por teléfono.

–No podría haberte besado por teléfono.

–Sabía que había un motivo por el que me gustaban los teléfonos. Ahora, ¿volvemos al tema inicial?

–¿Te estoy entreteniendo y va a llegar tarde a una cita?

–¿Así vestida? –preguntó ella, y se llevó las manos a las caderas. Al ver que él se fijaba en las curvas de su cuerpo, sonrió, pero al ver la expresión de sus ojos, sintió un nudo en el estómago.

Había llegado el momento de pensar con claridad. Raúl la había besado porque ella se había atrevido a cuestionar su habilidad. Él era como un animal que tenía que demostrar su supremacía. Era insensible y superficial, y ella lo odiaba.

El único problema era que el odio se convertía en algo más cálido cuando él la tocaba.

El beso que la había vuelto loca no había significado nada para él, y Nell sabía que todos los hombres tenían la capacidad de imaginarse a una mujer desnuda.

–Me espera una lasaña vegetal –dijo ella para atraer su atención, y Raúl dejó de mirarle el cuerpo y la miró a los ojos.

–He venido a hacerte una propuesta.

–Adelante.

–¿Estás de acuerdo en que Antonio y Katerina confían en ti?

–Creo que sí.

–¿Y tú les tienes cariño?

–¿Esa pregunta tiene truco? –ella cerró los ojos y suspiró–. No te andes con rodeos.

–Como quieras. Tengo que hacerte una propuesta de negocios.

–Ah.

–Tengo muchos compromisos de trabajo. Mi madre es mayor, está perdiendo la vista y se está volviendo loca tratando de cuidar a sus nietos.

–Debe de haber una manera para que se tranquilice.

–La hay. Que te mudes a nuestra casa de Londres para que a los niños les resulte más fácil acostumbrarse al cambio.

Capítulo 7

QUE me mude a tu casa? –preguntó Nell asustada. No quería ni imaginarse la posibilidad de encontrarse a Raúl en toalla de baño–. Debes de estar bromeando.

–No, sé por fuentes fidedignas que no tengo sentido del humor.

–¿Katerina?

Raúl asintió.

Nell hizo un gesto de compasión. Ya era hora de que se ocupara del bienestar de los niños y dejara de pensar en sus instintos. Claro que preocuparse por ellos no implicaba mudarse a la mansión de Raúl Carreras.

–Veo que en estos momentos estás en una situación difícil, pero irá mejorando –le prometió.

–Estoy decepcionado –admitió él–. No pensaba que fueras el tipo de persona que deja de preocuparse cuando algo no le conviene.

–Puedes dejar el chantaje moral ahora mismo.

–Has de admitir que tengo algo de razón. Ellos no necesitan una niñera, necesitan una amiga, una cara familiar en un lugar desconocido. No irías allí como empleada. Serías nuestra invitada.

–No voy a admitir nada, y para que lo sepas, no es que no me convenga, lo que me preocupa es…

–¿Sí? –preguntó él.

Ella miró a otro lado.

–Es una tontería.

–No te estoy pidiendo que te cases conmigo.

–Qué lástima, dicen que la risa te sienta bien. Pero por otro lado, mejor, porque no creo que a tu prometida le gustara.

–¿Mi prometida? No tengo ninguna prometida, así que ya hay un obstáculo menos.

–Supongo que ahora dirás que Roxie Allan sólo es una buena amiga.

–No, sólo me acuesto con ella –Nell frunció el ceño y puso cara

de disgusto–. ¿He dicho algo que te ha ofendido? –preguntó él divertido.

Nell había decidido no creer todo lo que leía sobre él en los periódicos, pero aquella conversación le confirmaba la imagen de mujeriego que la prensa daba de él.

–¿Y la mujer en cuestión sabe que sólo se está acostando contigo?

–¿Roxie?

–¿Quieres decir que hay otras que también planean casarse en primavera?

–Sospecho que los publicistas de Roxie son los responsables de que se hayan filtrado la mayoría de esas exclusivas.

–¿Y no te importa?

–El día que decida casarme, los periodistas no serán los primeros en saberlo y, por cierto, nunca he tenido que prometerle el matrimonio a una mujer para llevármela a la cama.

–Pero seguro que tampoco lo has intentado sin la seductora fortuna de los Carreras a tus espaldas.

A pesar de su comentario, Nell sabía que aunque Raúl no tuviera un centavo, tendría montones de mujeres dispuestas a salir con él.

Lo que Raúl tenía no lo podía comprar el dinero.

–No, pero Javier sí.

–Tú no eres Javier.

–¿Por qué tienes que alardear de haber sido la amante de mi hermano cada dos segundos? –preguntó Raúl con furia.

–Has sido tú el que metió a Javier en la conversación, y no recuerdo haber dicho en ningún momento que fuera su amante.

–No, sólo viviste con él durante dos años. ¿Cómo te atreves a menospreciar a alguien como Roxie?

–No la menosprecio a ella, sino a ti.

–¿Intentas decirme que no te acostabas con mi hermano?

–¿Y qué sentido tiene? Un hombre y una mujer no pueden tener una relación en la que no se incluya el sexo, ¿no es así?

Raúl la miró y se le oscurecieron los ojos.

–No si uno de ellos es español.

–Los españoles no inventasteis el sexo –masculló Nell entre dientes.

–No, sólo lo perfeccionamos. Tienes experiencia… Javier, aunque no tuviera una fortuna seductora, consiguió llevarse a la cama a una de las mujeres más bellas que he visto nunca.

–¿Conociste a Cathy? –preguntó Nell. Ella había visto fotos de la esposa de Javier y pensaba que era encantadora–. Kate se parece

mucho a ella, ¿no crees?

–Sin duda. Sin embargo, no me refería a Cathy.

–Entonces, ¿a quién…? –se calló de pronto y abrió bien los ojos cuando lo comprendió–. Ahórrate la clásica frase para alguien que la aprecie, por favor –Nell intentaba parecer aburrida y no deslumbrada, pero sabía que no era capaz de fingir. Raúl tenía mucha experiencia como para no darse cuenta de lo que ella sentía y, además, había respondido ante su beso como si estuviera hambrienta de deseo.

Rául observó sus mejillas coloradas con interés.

–¿El hecho de que te encuentre atractiva te pone nerviosa?

«¿No te gusta?», se preguntó a sí misma. Nunca había imaginado que le costara tanto enfrentarse a una situación como ésa.

–Ni siquiera voy a contestar a eso –afirmó, pero al instante se contradijo–. De hecho, me da náuseas –Raúl, soltó una carcajada–. Bueno, si en algún momento he dudado en aceptar tu oferta… ¡ya no! –dijo con frialdad–. ¿Dormir en la misma cama que tú?

Raúl arqueó una ceja.

–¿Cama?

–¿Qué? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–Cama. Has dicho dormir en la misma cama que tú.

–¡No! ¡He dicho bajo el mismo techo! –dijo acalorada.

–¿Una equivocación freudiana? –sugirió–. ¿O un deseo en voz alta?

–Desde luego, te lo tienes muy creído.

–¿No te parece atractivo que un hombre tenga seguridad en sí mismo? A la mayoría de las mujeres sí.

–Eso es lo que te dicen a la cara.

Raúl sonrió. Era terrible que cuando ella intentaba enfadarlo, él actuara como si fuera una broma, y que cuando decía algo de manera inocente, él actuara como si quisiera matarla.

–¿Quieres decir que están dispuestas a pasar por alto mis defectos de personalidad debido a mi fortuna? ¿Fue el apellido de Javier lo que te llevó hasta él? –Nell frunció el ceño al oír su pregunta–. ¿Te marchaste cuando descubriste que tenía el apellido pero no el dinero? –insistió.

–No me habría costado dos años descubrir que no tenía dinero, y, respecto a lo de marcharme, no fui yo. Él me echó –ella no quería vivir sola, pero Javier no cambió de opinión. Era hora de que se marchara de su casa; le había dicho que vivir con él le había impedido tener otras relaciones, y que ya era hora de que disfrutara de la vida.

Nell dejó de resistirse cuando se percató de que a él le sucedía lo mismo. Su presencia podía dificultar que él tuviera otra relación y, quizá, ya estaba preparado para hacerlo.

Durante un instante, Raúl quedó desconcertado con su respuesta.

–¡No lo creo!

–Te lo agradezco, pero no todo el mundo me encuentra tan irresistible como tú. Incluso las más atractivas tenemos nuestros defectos, aunque supongo que no te quedas el tiempo suficiente como para ver el lado malo de tus novias. ¿Alguna vez las has visto sin maquillaje?

–¿Estás tratando de decirme que mi hermano sedujo a una joven que podía ser su…? –Raúl cerró los ojos y respiró hondo–. Mi hermano no seduciría a una adolescente para luego rechazarla cuando hubiera pasado la novedad.

Nell lo comprendió todo. Raúl tenía que pensar que ella era una mujer maquinadora porque si no, tenía que ser su hermano, un hermano que había idealizado, el culpable de seducir a mujeres inexpertas y mucho más jóvenes. Era algo tan sencillo que Nell no sabía cómo no se le había ocurrido antes. Eso explicaba la hostilidad que Raúl mostraba hacia ella.

–Javier no me sedujo –dijo ella.

–No es necesario que me lo cuentes.

–Y yo tampoco lo seduje. Ninguno utilizó al otro. Sólo nos necesitábamos mutuamente.

–No tienes que explicármelo. No quiero que me des una lección sobre necesidades.

Los ojos azules de Nell se llenaron de rabia.

–¿Siempre tienes que calificarlo todo con el denominador común más bajo? No estoy hablando de sexo.

–¿Así que consideras que el sexo es el denominador común más bajo?

Nell se sonrojó y apartó la vista de sus ojos burlones.

–Hay otras cosas igual de importantes. Yo cocinaba y limpiaba.

–¿Cocinabas y limpiabas?

–Sí. Y cuidaba de los niños.

–¿Tratas de decirme que eras una especie de niñera?

–No, no era un acuerdo formal.

–Entonces, algo muy parecido al que yo te he propuesto.

–Para nada.

Raúl la miró a los ojos y Nell, al sentir una fuerza cautivadora en

su mirada, se estremeció. Consciente de que un fuerte calor invadía su bajo vientre, intentó tragar saliva. Pero no pudo, era como si los músculos de su garganta se hubieran paralizado. Tiró del cuello del jersey que llevaba, quería mirar a otro lado, pero tampoco podía.

–¿Y podría ser? –preguntó Raúl. Tenía la sensación de que el acuerdo al que ella había llegado con Javier había alcanzado el dormitorio. Nell suspiró y le contestó:

–Ni siquiera me gustas –nunca la habían tentado las relaciones esporádicas, pero ¿serían algo tan malo?–. Y yo no te gusto.

–¿Y eso importa?

–A mí sí.

–¿No vas a negar lo que sucede cuando estamos en la misma habitación?

–Cuando me acueste con un hombre, no será con alguien que considere la experiencia como algo tan normal como pedir una comida en un restaurante o elegir una botella de vino.

–Yo bebo muy poco, y lo que como lo dejo en manos del cocinero. Al sexo le dedico mucha más atención, y no me considero un amante egoísta.

–¡No estoy buscando un amante! –dijo ella antes de que pudiera decir o a hacer algo que revelara la tentación que sentía.

Raúl se tomó su respuesta con mucha tranquilidad.

–¿Pero tienes que buscar un trabajo?

–Eso parece –dijo ella entre dientes.

–E imagino que tu casero no estará dispuesto a aceptar que te retrases en el pago del alquiler… Aunque supongo que tendrás ahorros para casos así.

–Por supuesto –mintió airadamente.

–No me lo creo.

–De acuerdo. No tengo ahorros, pero antes de que te emociones pensando que me voy a quedar en la calle, te diré que este trabajo no era mi única fuente de ingresos.

–¿No?

–Trabajo tres días a la semana en el turno de noche de un supermercado. Sé que podrán ampliarme el horario de trabajo.

–¿En un supermercado? –repitió él, mirándola como si fuera un bicho raro.

–Sí, en un supermercado, y también me han ofrecido hacer de modelo en la escuela de arte. Pagan bien. Tengo un par de amigas que lo hicieron cuando íbamos a la universidad.

–¿Te desnudarías delante de extraños? –Raúl podía imaginarse a un grupo de hombres observando lascivamente el cuerpo desnudo de Nell.

–No hay nada de malo en ello –dijo ella a la defensiva–. El cuerpo humano es algo bonito y natural.

–Algunos son más bonitos que otros. ¿De verdad crees que tienes lo que hace falta para ser modelo artístico?

Nell no estaba segura de si se refería al cuerpo o a la desinhibición.

–Posar es arte.

–Ah, entonces está todo dicho –dijo Raúl con sarcasmo–. ¿Y cómo puedes estar tan segura de que toda la gente que dibuja a una mujer desnuda lo hacer por inspiración artística? ¿No crees que es posible que algunos vayan a comerse con los ojos a la mujer desnuda porque no pueden hacerlo de otra manera?

–Sólo porque tengas una mente pervertida, no creas que todo el mundo la tiene –Raúl soltó una carcajada–. Ah, y me desnudaré si quiero, ¡a pesar de que haya intolerantes de mente cerrada como tú!

–Te pagaré más que ellos para que no lo hagas.

–¿Lo harías?

–Quiero decir que vivir en mi casa nos ayudará a solventar tus problemas económicos y mis problemas domésticos. A menos que quitándote la ropa en público satisfagas una ambición… –antes de que Nell pudiera contestar a su provocación, Raúl la agarró del codo y la guió hasta la puerta–. Nunca se debe tomar una decisión con el estómago vacío. Deja que te invite a cenar. ¿Éste es tu bolso? –preguntó él agarrando un maletín de cuero. Nell asintió y aceptó que él manejara la situación–. ¿Tienes abrigo? –ella negó con la cabeza y Raúl apagó la luz–. ¿Te olvidas de algo? –preguntó él mirándola de arriba abajo.

Nell se estremeció al sentir el fresco de la noche atravesando su jersey. Por la mañana había amanecido un cálido día de otoño, pero después había llovido y la luz de las farolas se reflejaba sobre el pavimento mojado.

–¿De que tengo voluntad propia? –estaba segura de que muchas mujeres se olvidaban de eso cuando estaban cerca de Raúl. Él inclinó la cabeza y miró hacia la puerta que permanecía abierta–. Oh, se me olvidaba –dijo ella, y sacó el llavero. Consciente de que Raúl no apartaba la vista de su cuerpo, metió la llave en la cerradura con nerviosismo y la giró.

Se retiró el pelo de los ojos y trató de mantener el control de la situación, demostrarle que él no podía manejarla.

–Cenaré contigo si prometes que no vas a mencionar nada acerca de que me mude a vivir a tu casa. Ése es el trato, ¿lo aceptas o no?

–Acepto –dijo él mientras abría la puerta del copiloto de su coche deportivo.

Nell miró al coche y después a Nell.

–Pero pensaba que…

Raúl puso una sonrisa y contestó:

–Entonces, estabas equivocada. Y no por primera vez –añadió en tono enigmático–. Sube.

–No voy vestida para…

–¿Vas a renunciar a un trato, Nell?

Nell lo miró con cara de disgusto y se metió en el coche.

Capítulo 8

RAÚL no dijo ni una palabra hasta que aparcó el coche.

–Ya hemos llegado.

–¿Dónde? –preguntó ella nada más bajar. Raúl señaló el enorme edificio que se alzaba frente a ellos–. ¿Es un hotel? Porque ya sabes que en un sitio como éste no me dejarán entrar así vestida.

Raúl subió los escalones que llevaban hasta la entrada e hizo un gesto para que lo siguiera.

–No es un hotel.

Nell lo siguió. Un hombre de uniforme abrió la puerta antes de que ellos llamaran al timbre.

–James, ¿todavía está mi madre levantada?

–Sí, señor –contestó el mayordomo–. Está en la cocina.

«No sé cómo no se me había ocurrido esto», pensó Nell.

–No voy a entrar –Raúl se volvió para mirarla–. Quiero irme a casa.

–¡Dios mío! –exclamó agarrándola de la mano y metiéndola en la casa. Nell pestañeó al ver la enormidad del recibidor y retiró la mano con furia.

–Esto es un secuestro –se quejó–. ¡Te denunciaré a la policía!

Raúl no parecía alterado por sus amenazas. El mayordomo se excusó y salió de la habitación.

–Creo que estás exagerando –comentó Raúl–. Sin embargo, después de la cena puedes ir a denunciarme si quieres, y pregunta por el superintendente Pritchard. Es un buen hombre… dile que vas de mi parte.

–¡Crees que porque eres rico puedes hacer lo que quieras! –lo acusó–. Esto lo tenías planeado.

Raúl le colocó la mano sobre la frente.

Nell reaccionó de forma inmediata ante su roce, le subió la temperatura y se le formó un nudo en el estómago.

–El diagnóstico es una bajada de azúcar y tendencia al dramatismo –«complicado por el deseo», pensó Nell y se retiró hacia

atrás–. Le recetaré paella para la cena.

–Supongo que tienes a un montón de cocineros dispuestos a preparar lo que te apetezca en cualquier momento del día.

–No, mi madre está en la cocina. No cree en la terapia, pero cuando está estresada, cocina. Sólo sabe hacer un plato, pero le sale muy bien –Nell atribuyó sus comentarios a un extraño sentido del humor. Entraron en la cocina y comprobó que estaba equipada con los electrodomésticos más modernos, perfectamente combinados con la decoración más tradicional–. Te presento a Nell.

Nell miró a la mujer que estaba junto a los fogones y al ver que ésta ponía cara de alegría, sonrió. Era difícil resistirse ante tanto encanto y amabilidad.

–Ya sé quién es. Soy Aria Carreras. ¡Me alegro mucho de que hayas venido! –se acercó a ella y le dio un abrazo y un beso en cada mejilla.

–¿Me estaba esperando?

–Por supuesto que sí. ¡Es tan guapa, Raúl! –exclamó acariciándole la mejilla a Nell–. ¿Por qué no me dijiste que era tan guapa? –regañó a su hijo. «Porque a él le gustan las mujeres altas y rubias de pechos grandes», pensó Nell–. Y no me digas que no te has dado cuenta, Raúl.

–Sí me he dado cuenta.

Nell levantó la vista al sentir que él la miraba a los ojos. Tuvo que contenerse para no lanzarse a sus brazos al ver el deseo en sus ojos entornados. Suspiró y sintió que se le aceleraba el corazón. Estaba dominada por la tensión sexual que invadía la habitación.

–Es como si ya te conociera. Los niños no paran de hablar de ti.

Nell oyó las palabras de la mujer mayor como si provinieran de muy lejos e hizo un gran esfuerzo para prestarle atención. Esbozó una sonrisa y se aclaró la garganta.

–De veras que no tenía ni idea de que pensaban escaparse –le prometió a la mujer.

–Uy, eso nunca lo pensamos, cariño, ¿verdad, Raúl?

–No, supongo que sólo un paranoico puede pensar tal cosa –intervino Nell con dulzura.

–Y fuiste amiga de mi querido Javier cuando necesitaba una amiga –le brillaban los ojos de la emoción–. Por ello, siempre estaremos en deuda contigo.

Nell, que había asumido que toda la familia Carreras compartiría el mismo tipo de relación que Raúl tenía con su hermano, se sintió avergonzada.

–¿No es así, Raúl?

Nell contuvo la respiración.

–Eternamente.

Nell suspiró. La madre de Raúl no pareció notar la ironía que había en la respuesta de su hijo y que provocó que Nell enrojeciera de rabia.

¿Y la madre de Raúl? Nell no conseguía aunar a aquella enérgica mujer llena de vitalidad con la imagen que ella se había formado de una anciana con problemas de vista.

Echó una mirada fulminante al hombre que le había creado esa imagen.

–Raúl me dijo que vendrías –Aria sonrió a su hijo–. No sabes cuánto me alivia que hayas venido.

Nell tenía la sensación de que la madre de Raúl pensaba que había ido para quedarse. ¿Había sido ésa la intención de Raúl? Por supuesto. Pues si pensaba que, al sentirse avergonzada por la presión de su madre, cambiaría de opinión, se equivocaba.

Estaba tan furiosa con él que no se atrevía ni a mirarlo. «¿Es la rabia lo único que hace que te dé miedo mirarlo?», le preguntaba una vocecita en su interior.

–Sólo he venido a cenar.

–Por supuesto que has venido a cenar –dijo la mujer. Le dio una palmadita en el brazo y señaló hacia la mesa–. Siéntate. Pareces cansada.

–Creo que ha habido un malentendido –dijo Nell mientras se acomodaba en una silla–. No he venido para quedarme.

–¿Ah, no? –la mujer miró directamente a su hijo.

–Todavía estamos negociando las condiciones –Nell se enojó al ver que él hablaba como si el trato ya estuviera aceptado–. Pero estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo beneficioso para los todos.

«No si yo tengo algo que decir», pensó Nell.

–No debes permitir que te engañe. Mi hijo siempre cree que sabe lo que es mejor para los demás.

–¿Quiere decir que cree que siempre tiene la razón? –Nell asintió y le dedicó una dulce sonrisa a Raúl–. Sí, ya lo he notado. De hecho, es difícil no hacerlo, pero no se preocupe, no lo permitiré.

La mujer la miró divertida.

–Te creo –le dijo–. ¡Apágame ese fuego, Raúl! –ordenó sin mirar a su hijo.

–No está encendido.

–Lo apagué por error, pero estoy segura de haberlo encendido otra vez.

–El fuego de atrás sí está encendido –dijo Raúl.

La mujer se sentó en una silla con cara de frustración.

–A mí me pasa todo el rato –dijo Nell.

–No es lo mismo. Estos malditos ojos –se quejó Aria–. Espero que mi hijo te haya contado que mi vista no es tan buena como debería ser.

–Lo hizo –confesó ella–. Pero pensaba… –Nell se calló de golpe. No estaba bien decirle a una madre que pensaba que su hijo era un mentiroso que se había inventado a una madre enferma.

–¿Qué pensabas, cariño? –con las mejillas ardiendo, Nell miró a Raúl que estaba cruzando la habitación. Sus miradas se encontraron y la expresión de él confirmó el peor de sus miedos. Se había percatado de que ella pensaba que había mentido sobre el estado de salud de su madre–. Imagino que pensabas que todo era cosa de un hijo exagerado –fue Aria quien acudió a su rescate–. Ojalá fuera así –admitió con un suspiro.

Antes de que Nell pudiera decir nada, Raúl se colocó detrás de su madre, le puso la mano en el hombro y le dijo algo en español. Fuera lo que fuera, hizo que la expresión de tristeza desapareciera de su rostro.

–Mi madre tiene diabetes. No se la diagnosticaron a tiempo y, por desgracia, le ha afectado a la vista.

–Sí, tengo un problema en la retina. Los médicos creen que no se producirán más daños, y yo aún me estoy acostumbrando. Algo que, como dice Raúl, sería más sencillo si yo no fuera tan presumida. Quieren que utilice un bastón blanco. ¡Un bastón blanco! –exclamó, y se puso a hablar en su lengua materna.

Nell se quedó pensativa mientras escuchaba la conversación que madre e hijo mantenían en español.

–¿Tiene que ser blanco? –preguntó al fin. Ellos dejaron de hablar–. Me preguntaba si, de lo que se trata es que pueda sentir los obstáculos, no importa de qué color sea el bastón.

–No entiendo que importancia tiene el color del bastón.

Nell insistió. Se negaba a que Raúl la desdeñara con sus malos modales.

–Quiero decir que la gente lleva el bolso a juego con la ropa… ¿y por qué no los bastones? Podría empezar una nueva moda –se encogió de hombros al ver que se hacía un silencio–. Sólo era una idea.

–Una idea ridícula –dijo Raúl.

–Sólo intentaba ayudar, no hace falta que seas un maleducado –

observó cómo a Raúl se le oscurecían los ojos–. ¿Habría sido ridícula si se te hubiera ocurrido a ti?

–No se me habría ocurrido porque…

–Porque eres hombre –intervino la madre–. Sería tan agradable tener a otra mujer en casa durante algún tiempo…

–Bueno, yo…

Raúl se metió en la conversación frunciendo el ceño.

–Pensaba que ibas a regresar a España para descansar, cuando Nell se mudara.

«¡Nell no va a mudarse!». Era algo muy sencillo de pronunciar… Entonces, ¿por qué no lo decía? Cuánto más tardara, más difícil le resultaría. ¿Por qué la madre de Raúl no era una mujer fría y antipática, sino una mujer cálida y con necesidad de apoyo?

–Y lo haré, sólo si Nell y los niños me acompañan –dijo con una amplia sonrisa–. No sé cómo no se me había ocurrido antes.

–Los niños tienen colegio.

Aria ignoró el comentario que había hecho su hijo y se encogió de hombros. Nell comprendió de quién había heredado Raúl su cabezonería.

–Antonio y Katerina son inteligentes, con un poco de esfuerzo recuperarán enseguida. Unas cuantas semanas alejadas de este horrible clima nos sentarán bien a todos, y alejará a Katerina de esas amigas indeseables que tanto te preocupan. Aunque creo que al prohibir que las vea, las estás haciendo más atractivas para ella. ¿Tú que opinas, Nell? No debe de haber pasado mucho tiempo desde que tú tenías esa edad.

–La fruta prohibida es muy atractiva.

Mientras hablaba, Nell centró su mirada en los labios sensuales de Raúl. Quizá, si ella dejaba de négarselo ese fruto prohibido perdería su atractivo.

–Eso es exactamente lo que yo le dije a Raúl –convino Aria.

–A Antonio le explico las cosas y él no me reta –dijo Raúl con el ceño fruncido–. No se puede ser razonable con esa niña, ¡es totalmente irracional! –se quejó.

–Es una adolescente, Raúl –le recordó Nell–. No se caracterizan por ser razonables.

–Y esta mañana, tú tampoco fuiste razonable. Él le prohibió salir de casa hasta que no se cambiara de falda –le explicó Aria a Nell.

–Dejando a un lado el hecho de que habría sufrido una hipotermia –dijo Raúl–, una cosa es que vista como quiera y otra que vaya provocando. Es algo de sentido común.

–¿O de mojigatería? –sugirió Nell con inocencia.

–Quizá no creerías que es tan divertido si supieras cómo piensan los chicos adolescentes –se pasó la mano por el cabello.

–¿No te apetecería pasar unas vacaciones al sol con nosotros? Pareces cansado, ¿verdad, Nell?

«¡Tiene un aspecto estupendo!».

–No puedo tomarme vacaciones, lo sabes, y los niños tampoco.

–¿Has estado alguna vez en España, Nell?

Raúl suspiró con exasperación. Aria no era una mujer que se diera por vencida con facilidad.

Nell miró a Raúl angustiada. Si él no la ayudaba, tendría que decepcionar a aquella simpática mujer y era algo que no quería hacer.

–No, no he ido nunca –admitió–. En realidad, nunca he salido del país.

–¿Nunca? –preguntó Aria sorprendida.

–Bueno, cuando era una niña teníamos poco dinero.

–¿Tienes una familia grande?

Nell negó con la cabeza. Era consciente de que Raúl la escuchaba con atención, en busca de algún detalle que pudiera utilizar para manipularla.

–Soy hija única.

–Y estoy segura de que tus padres están muy orgullosos de ti.

–Murieron cuando yo estaba en mi primer año de universidad –Nell no tuvo más elección que explicarlo manteniendo la compostura, igual que cuando sucedió el accidente. Había sufrido mucho, pero siempre se había guardado las lágrimas para llorar a solas.

Notó que a Aria se le llenaban los ojos de lágrimas.

–Entonces, ¡estás sola!

–Tengo muy buenos amigos –le aseguró Nell.

–Pero los amigos no son lo mismo que la familia, ¿verdad, Raúl?

–No –admitió él–. Uno puede escapar de ellos.

Su madre se rió.

–No le hagas caso, Nell. A Raúl le gusta mucho la familia. Cuando su padre se puso enfermo, él dejó a un lado sus ambiciones, decidió que se ocuparía de los negocios familiares y, desde que falleció, ha sido una roca –Nell miró a Raúl con curiosidad. Nunca se le había ocurrido que él pudiera haber deseado algo diferente a lo que ya tenía… poder, mucho poder–. Por supuesto, si Javier se hubiera quedado, la carga no habría sido tan grande –suspiró la madre–. Pero eso no podía ser. Él y tu padre eran iguales, ése era el

problema, Raúl. Ninguno quería ceder ni un poco.

Aquel comentario hizo que a Nell se le ocurriera una nueva posibilidad. ¿Raúl estaba resentido con su hermano por haberlo dejado sólo ante tanta responsabilidad? ¿O se alegraba de ser el único heredero de la corona?

–¿Hace mucho tiempo que falleció su marido? –preguntó Nell.

La mujer parecía asombrada.

–Él murió el día después que Javier, pensé que lo sabías.

–Lo siento muchísimo. No lo sabía.

La pobre mujer. Nell no podía ni imaginar lo duro que debía de ser enterrar a un hijo y a un marido un día después que otro.

–Supongo que no hay ningún motivo por el que debieras saberlo. A diferencia de la muerte de Javier, no fue un shock. Al parecer, la gente que tiene la misma enfermedad de corazón que tenía Javier, puede morir de repente y, a veces, son mucho más jóvenes de lo que era él…

–Eso tengo entendido –Nell levantó la vista y vio que Raúl la miraba fijamente.

–Lo de mi marido fue diferente, llevábamos esperándolo algún tiempo. Eduardo pudo haber vivido muchos más años, Nell, siempre que hubiera hecho algunos cambios en su vida, pero no había manera. Vivía la vida como él quería. Yo tuve que aceptarlo.

–Mi padre era un cabezota, un idiota egoísta, que nunca realizó un cambio en su vida.

Aria agarró a su hijo del brazo.

–Exacto –le dijo–. Así que no tienes la culpa de nada, los médicos lo dijeron.

Nell percibió una expresión indescifrable en el rostro de Raúl.

–Lo sé. El ataque al corazón podía haberle dado en cualquier momento, pero la cosa es que yo le dije a mi padre que su hijo había muerto y que era un cabezota, y al poco tiempo sufrió un ataque mortal. ¿Y si no hubiera sido tan brusco…?

Nell lo miró y supo que se haría esa pregunta durante el resto de su vida. ¡Era tan injusto! Sintió que la ternura se apoderaba de ella y se asustó.

–¡No tienes que adoptar esa actitud ridícula!

–Nell me encuentra ridículo muy a menudo –le explicó Raúl a su madre–. Como siempre, estoy en deuda contigo.

Nell lo fulminó con la mirada.

–Yo también lo creo. No tiene sentido compadecerse por lo que uno hizo.

–Y tienes razón.

De pronto, Nell recordó algo que había leído acerca del tema, pero no se atrevió a confirmar sus sospechas.

–La enfermedad de Javier… –miró a Raúl y éste frunció el ceño al ver una expresión de pánico en su rostro–. Después de su muerte, leí en Internet… –tragó saliva–. Al parecer… ¿puede ser hereditaria?

Miró de nuevo a Rául, un hombre tan vital, tan enérgico… que podía tener un asesino silencioso en su interior… ¿no era así cómo lo describía el artículo? Era algo que no podía ni imaginar.

–Así es –dijo Aria.

–¡Tiene que haber algo! –exclamó Nell–. Quiero decir, la medicina…

–Mi querida niña –dijo Aria horrorizada–. Cuando los médicos me explicaron la situación, insistí en que Raúl y los hijos de Javier se sometieran a todo tipo de pruebas. Los niños dieron negativo. Y tú también, ¿no, Raúl?

Nell pestañeó.

–Entonces, él no va a… –de pronto, se le nubló la vista y oyó un zumbido.

Capítulo 9

RESPIRA hondo.

Nell, sentada con la cabeza entre las rodillas, obedeció. Después se enderezó. Estaba avergonzada. ¿Cómo iba a explicarles su reacción si apenas podía explicársela a sí misma?

–Lo siento…

–No tienes por qué disculparte. Recuerdo cómo me sentí cuando me enteré de que podía perder a mis dos hijos –comentó Aria, y se estremeció.

«Pero tú eres su madre y es normal que te sientas así. Yo no tengo excusa. No tengo nada que ver con Raúl».

–Es el final de un día muy estresante –incluso a ella le parecía una mala excusa–. Y he perdido mi trabajo –se armó de valor y miró a Raúl, sólo para descubrir que él la miraba con suspicacia.

–Qué mala suerte, pero Raúl tiene a mucha gente trabajando para él… estoy segura de que puede encontrar un puesto para alguien con tanto talento como tú, si decides que no quieres mudarte aquí –miró a su hijo con anticipación.

–No, no podría –repuso Raúl sin más–. Es más, la idea no me gusta nada.

–No hace falta que lo digas en ese tono, y para que lo sepas, ¡no trabajaría para ti si me pagaras!

–No lo haría.

–De hecho –intervino Aria para calmar los ánimos–, puede que tengas razón. Trabajar con alguien cercano suele ser difícil. Yo debería saberlo, empecé como secretaria de tu padre.

–¡Pero nosotros no somos cercanos!

–Si tú lo dices –convino Aria con cara de preocupación–. ¿Sabes?, estoy cansada. Creo que me voy a la cama. Puede que me quede dormida –le dijo a su hijo, y le dio un beso en la mejilla–. No te levantes. Vosotros, disfrutad de la cena.

Nell observó alejarse a la mujer y, con cara de asombro,

preguntó:

–¿No creerá que estamos…?

–Mi madre es una romántica y muy capaz de cambiar el mundo real según le convenga. Parece que le gustaría que tú y yo tuviéramos una relación.

–¡Todo es culpa tuya! –le reprochó Nell.

–¿Y cómo lo sabes?

–Me trajiste aquí –dijo entre dientes.

–Y tú hiciste esa maravillosa actuación, como si te preocupara de verdad la idea de mi inminente deceso.

Nell lo miró en silencio y él se rió. Ella se sintió furiosa. No había nada que pudiera justificar bromear sobre ese tema.

–¡No fue una actuación!

–Estoy compungido –dijo él en tono poco convincente.

–Estaba preocupada por tu madre –dijo ella, casi convencida de que era verdad. No iba a preocuparse de un canalla como ése, ¿no?–. Es una mujer encantadora que ha sufrido mucho. Por lo que a mí respecta, hay millones de personas por las que lloraría antes que por ti. Es más, ¡no me importaría si te murieses aquí mismo! –mintió.

–En ese caso, te alegrará saber que yo… –Raúl se calló de golpe y Nell no pudo identificar la expresión de su rostro.

–¿Qué es lo que me alegrará saber?

–Nada.

–¡Oh, cielos! –exclamó cuando, de pronto, creyó haberlo comprendido todo–. No te las hiciste, ¿verdad? No te hiciste las pruebas después de que muriera Javier. Le mentiste a tu madre –lo acusó.

–Lo que hice o dejé de hacer no es asunto tuyo.

–¿Cómo puedes ser tan estúpido? –preguntó ella–. ¡Esperas que finja que no lo sé!

–No sabes nada.

–¿No quieres saberlo?

–¿Qué diferencia habría si lo supiera? Dímelo.

–Podrías tener cuidado.

–¿Cuidado…? ¡Madre mía! ¿Quieres decir que podría dejar de hacer la mitad de las cosas que hacen que mi vida merezca la pena? Podría sentarme a esperar la muerte y tener sudores fríos cada vez que sintiera una punzada. No permitiré que eso gobierne mi vida.

–Escucha, Raúl, no puedes esconder la cabeza bajo la arena. Es posible que no tengas nada.

–En ese caso, las pruebas son irrelevantes.

Su falta de lógica la dejó asombrada. ¿Cómo un hombre inteligente podía hablar de esa manera?

–Excepto por tu paz mental.

–Mi mente está completamente en paz –dijo él entre dientes.

–¿Y qué pasará cuando te cases y tengas hijos… Creo que tu esposa tiene derecho a saber si su marido…

–¿No va a vivir lo suficiente para verlos crecer? –dijo con frialdad–. No habrá ni esposa ni hijos. El apellido de los Carreras se mantendrá a través de Antonio y Katerina.

–Pensaba que eras muchas cosas, pero cobarde no era una de ellas –admitió Nell. Respiró hondo y Raúl se puso tenso.

–No quiero discutir esto contigo, y no se lo mencionarás a mi madre.

–¿Por quién me has tomado?

–Tampoco animarás a mi madre para que te lleve a España.

–¿Yo? –soltó un carcajada de incredulidad. Raúl se puso en pie e ignoró su intervención.

–No puedes ir a España con mi madre. No vas a apoyarla en esto –la miró fijamente desde el otro lado de la habitación–. ¿Comprendido?

Aquel comentario arrogante hizo que Nell, que había estado a punto de decir que por fin coincidían en algo, se mordiera la lengua.

–Puede que sea yo… –lo miró con una sonrisa de disculpa–, pero me da la sensación de que me has traído aquí con el propósito de que yo hiciera eso. Desde luego, te llevas la palma, lo preparas todo y luego montas un escándalo porque las cosas salen tal y como las habías planeado –dijo con la voz temblorosa a causa de la rabia.

–No estoy montando un escándalo. Y no planeé que te fueras a España con mi madre. Quiero que te quedes aquí.

–¿Qué más da dónde esté, mientras haga lo que tú quieras?

–Quiero que te quedes aquí –repitió él–. Donde pueda tenerte controlada –«tocarte, olerte y verte», pensó para sus adentros.

Nell lo miró con incredulidad.

–En caso de que me dé por marcharme con los objetos de plata de la familia, quieres decir.

–No seas estúpida.

Su comentario despectivo hizo que Nell lo viera todo de color rojo, o quizá era el fuerte dolor de cabeza, que había ido aumentando a lo largo de la tarde. Centró la vista en sus manos temblorosas y se puso en pie. Sintió un dolor agudo en la sien y se

agarró a la silla para estabilizarse.

–¿Qué ocurre? ¿Estás enferma?

Nell se cubrió los ojos para que no le diera el brillo de la bombilla.

–Tengo dolor de cabeza –admitió.

–Nunca he visto a nadie que tenga ese aspecto cuando tiene dolor de cabeza –comentó Raúl al ver que estaba muy pálida.

–Puede que sea migraña.

–¿Puede? ¿O lo es?

–Lo es –admitió Nell.

–¿Y por qué diablos no me lo has dicho antes? Llamaré al médico.

–Por favor, no grites. No necesito un médico, sólo una habitación oscura y… –soltó un gemido cuando le dio otro pinchazo en la sien. Se sentía tan mal que ni siquiera protestó cuando él la tomó en brazos. Mientras la llevaba al piso de arriba, oyó cómo le daba instrucciones a alguien en español y agradeció que todos hablaran en voz baja.

–¿Qué estás haciendo con ella? –el tono elevado de la pregunta hizo que a Nell le retumbara la cabeza.

–Baja el tono de voz, Katerina.

–Kate, tengo migraña –Nell trató de sonreír para tranquilizar a la niña. Abrir los ojos le producía dolor–. Vuelve a la cama –se sentía demasiado mal como para preocuparse de si la niña la obedecía–. Puedo arreglármelas sola, gracias –le dijo a Raúl cuando la dejó sobre la cama.

–¿Estás segura? –le preguntó con el ceño fruncido.

–Sin duda. Sólo necesito dormir. Por favor, ¡márchate! –le suplicó.

Nell esperaba que él discutiera, sobre todo porque era lo que solía hacer, así que, cuando un poco después abrió los ojos y vio que estaba sola, se sorprendió.

Media hora más tarde, Raúl llamó a la puerta de la habitación y, al no obtener respuesta, entró. Una luz tenue iluminaba el dormitorio y estaba vacío. El pijama que había pedido que le llevara una doncella estaba entre las sábanas arrugadas. Frente a la puerta entreabierta del baño había un montón de ropa. Nell estaba sentada en el borde de la bañera vestida sólo con la ropa interior. Tenía las manos en el lavabo y los dedos bajo el chorro de agua.

Raúl se arrodilló junto a ella.

–¿Nell?

Ella abrió los ojos y él se alivió al ver que, aunque tenía mal

aspecto, estaba mejor de lo que pensaba.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó ella.

–Creo que voy a llamar a una ambulancia –le tocó el brazo y sintió que estaba helado. Estaba muy pálida y la frente llena de sudor.

–No seas tan dramático. Tengo muy mal aspecto, pero no me siento tan mal. De hecho, me siento mucho mejor después de vomitar. Así es como funciona. Sólo estaba descansando un poco antes de regresar a la cama.

–¿Y cómo pensabas llegar hasta allí? ¿De rodillas? –Raúl sacó una toalla pequeña, la mojó y se la pasó a Nell por la cara y el cuello.

–Eso sienta bien –admitió ella, y apoyó la cabeza en la mano que él había colocado detrás de su nuca–. No deberías hacer esto.

–¿Por qué no?

–Porque…

–Sé que no te gusta admitirlo, pero necesitas ayuda.

–Quizá la chica que me trajo el pijama podría…

–Está acostada. Todo el mundo está acostado; no te queda más remedio que estar conmigo –la tomó en brazos y Nell estaba tan cansada que no pudo ni protestar. Le rodeó el cuello con los brazos y suspiró.

–Voy a llevarte a la cama, aunque no de la misma manera que había planeado –añadió en voz baja.

–¿Habías planeado llevarme a la cama?

–Se suponía que no debías haberlo oído –contestó él, y la cubrió con el edredón.

Nell suspiró cuando la habitación quedó a oscuras. A pesar del silencio, estaba segura de que no estaba sola.

–¿Estás ahí?

–Sí –se oyó en la oscuridad.

–No hace falta que te quedes.

–Lo sé –Raúl se acomodó en la silla que había junto a la cama.

Capítulo 10

NELL se sentó en la cama y, confusa, miró a su alrededor.

–¿Te he despertado? –oyó que le preguntaban.

Recordó lo sucedido la noche anterior. Seguía teniendo un poco de dolor de cabeza, se llevó las manos a las sienes y sonrió a Antonio, que estaba sentado a los pies de la cama.

–No, no me has despertado. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

–No mucho.

Nell le acarició los pies descalzos.

–El suficiente. Estás helado –retiró el edredón y le dijo–. Métete en la cama.

El pequeño sonrió y obedeció–. ¿Mejor?

Antonio asintió y suspiró.

–El tío Raúl ha dicho que vas a quedarte con nosotros –Nell vio preocupación en los ojos del pequeño.

¿Raúl había utilizado su carta triunfal o sólo trataba de reconfortar a un niño necesitado? En el fondo, lo que Raúl hubiera maquinado era irrelevante. Lo único que importaba era que Antonio la necesitaba.

–Si Raúl ha dicho eso, supongo que será así.

–El tío Raúl me cae bien.

–Me alegro.

–Es divertido, y me escucha cuando digo algo. Hay mucha gente que no me escucha porque soy pequeño. No me refiero a ti, Nell –y añadió con nerviosismo–. No le digas a Kate que he dicho que él me cae bien, ¿vale?

–No lo haré, ¿pero por qué no puede saberlo Kate?

–A Kate no le cae bien. Siempre se pelean. Odio cuando la gente se pelea –suspiró.

Nell se emocionó al oír las palabras del niño. El pequeño estaba en medio de todo. Le dio un abrazo.

–Oh, Antonio –le dio un beso en la cabeza–. No tienes que

sentirte culpable porque tu tío te caiga bien.

–¿A ti te cae bien?
–No es mi tío.
–¿Pero te cae bien? Kate dijo que no.
–Creo que tu tío te quiere mucho y que hará todo lo posible para que estés bien. ¿Cómo no va a caerme bien alguien que hace eso por mi niño preferido?
Se alivió al ver que su respuesta tranquilizó al pequeño.
–Creía que te había dicho que no despertaras a la señorita Rose.
Nell oyó que Antonio se reía y apoyó aún más la cabeza en la almohada. No se atrevía a mirar a Raúl después de que la noche anterior él la hubiera visto en ropa interior. Finalmente, se armó de valor y, cubriéndose con el edredón, se sentó en la cama.
–Lo siento si te he asustado. Cuando Antonio desaparece tiene la mala costumbre de aparecer donde no debe –a su lado, Antonio soltó una risita–. No quería llamar a la puerta para no despertarte, pero…
–Yo no la he despertado, tío Raúl. Estaba esperando a que ella se despertara.
–Ya veo –dijo Raúl, y después se dirigió a Nell–. ¿Te sientes mejor esta mañana?
–Mucho mejor –Nell vio que Raúl se acercaba a la cama y empezó a ponerse nerviosa. Al ver que la observaba detenidamente, le dijo–: Siempre tengo este mal aspecto por las mañanas.
–Estás… cansada –él decidió no decir nada comprometedor delante del niño–. ¿Tienes migraña muy a menudo?
–De vez en cuando.
–¿Has ido al médico?
–No hace falta. No tengo tantas y siempre llevo medicación por si acaso. Lo siento mucho si te he causado alguna molestia.
–¿Eres madrugador, tío Raúl?
–¿Madrugador?
–Papá decía que Nell era una persona madrugadora. Él no, y por la mañana siempre estaba de mal humor. ¿Verdad, Nell?
–No había quién se acercara a él hasta que no se tomaba la segunda taza de café –sonrió al pequeño y después miró a Raúl. Al ver rabia en sus ojos, se sintió confusa.
–Vamos, Antonio, tu desayuno está preparado.
–Pero yo quiero…
–Ahora, Antonio. Deja descansar a la señorita Rose.
Nell no pudo ver la expresión de su rostro, pero por su voz supo

que no estaba enfadado. Antonio no se quejó más. Quizá se había equivocado al interpretar lo que había visto en sus ojos.

Raúl observó cómo el pequeño rodeaba a Nell por el cuello y le daba un beso en los labios.

Antonio salió de la cama con tanto ímpetu que tiró el edredón al suelo. Nell se sintió desnuda a pesar de que estaba en ropa interior. Acercó las rodillas al pecho y rodeó sus piernas con los brazos. Era ridículo que se sintiera así cuando Raúl ya la había visto la noche anterior.

El niño se paró en la puerta y preguntó:

–¿Estarás aquí cuando regrese del colegio?

–Por supuesto –prometió Nell. Su sonrisa se desvaneció cuando el pequeño salió del dormitorio y cerró la puerta tras de sí.

–¿De veras te encuentras mejor? –preguntó Raúl.

–Tengo un poco de dolor de cabeza, pero estoy casi bien. Anoche te portaste muy bien conmigo.

–Mi madre se alegrará de que estés mejor. Estaba preocupada. Dice que es mi culpa por discutir contigo.

–Hay más de una causa, y el estrés es una de ellas, pero no te quites la culpa, tú eres una de las cosas que me causa estrés en la vida.

Él no contestó y siguió mirándola fijamente.

–Antonio se parece mucho a su padre, ¿no crees?

–Sí –contestó ella.

–¿Echas de menos a Javier?

–Por supuesto. Y supongo que tú también.

–Lo que una mujer siente por un hombre no es lo mismo que lo que un hombre siente por su hermano –comentó él.

–Supongo que no.

–¿Has decidido quedarte?

–¿Tengo mucha elección?

–Siempre hay alguna elección –dijo él con el ceño fruncido–. Crees que esto no va a funcionar, ¿verdad?

–¿Y tú? Quiero decir, ¿cómo va a funcionar con lo que sientes por mí? Es evidente que no soportas estar en la misma habitación que yo.

–Esta casa tiene muchas habitaciones. Creo que podremos arreglárnoslas para no compartirlas muy a menudo. Ahora, si me disculpas…

Su propuesta era práctica, y ella debería haberse sentido más contenta. Entonces, ¿por qué se sintió contrariada cuando él salió del dormitorio sin decir nada más?

Capítulo 11

AUNQUE Nell había sacado el tema en varias ocasiones, nadie le había explicado qué esperaban que hiciera en la casa. Sólo le habían aconsejado que se relajara y disfrutara de la estancia. Nell sabía que Aria lo decía con sinceridad, pero dudaba de que Raúl se contentara con que ella estuviera paseando de un lado a otro como si estuviera de vacaciones. De hecho, la casa de los Carreras era mucho más lujosa que cualquiera de los recintos vacacionales que ella había visitado.

Nell estaba decidida a no darle la oportunidad de que pensara que era una aprovechada. Quizá no la hubieran contratado de manera oficial, pero estaba dispuesta a ser de utilidad.

Por supuesto, ayudaba a los niños siempre que éstos la necesitaban, pero cuando los empleados domésticos no querían molestar a Aria cuando no se encontraba bien, le preguntaban a Nell, y ella, avergonzada, tenía que explicarles que no podía asumir ese papel en la casa. Fue sólo cuando Aria le dijo que estaría encantada de que Nell tomara pequeñas decisiones con toda libertad, cuando ella se implicó en la casa.

–No será muy a menudo –le aseguró la mujer–. El ama de llaves es muy capaz, y el mayordomo es un modelo en eficiencia, pero ocasionalmente surge algún conflicto y es necesario que alguien tome las riendas.

Así que Nell pronto descubrió que nunca había estado tan ocupada.

Katerina y Antonio participaban en muchas actividades extraescolares, y Nell tenía que llevarlos en coche sorteando el denso tráfico de la ciudad.

Y cuando en el colegio de Antonio intentaron implicar a los padres en las actividades del centro, fue Nell la que se ofreció voluntaria para ayudar en el departamento de Arte.

Por las tardes, ayudaba a los niños con los deberes, y a veces los acompañaba en otros quehaceres, como ir a la peluquería. Aunque a

veces se sentía inquieta, sobre todo cuando tenía contacto con Raúl, por lo general estaba contenta con lo que estaba haciendo y pensaba que los demás también, hasta que un día se encontró con que Raúl estaba esperándola cuando regresó de llevar a los niños al colegio.

Normalmente, él salía de casa a las siete y media de la mañana y no regresaba hasta las siete de la tarde. Para entonces, Nell ya había cenado con Katerina y Antonio. Los fines de semana se los dedicaba a los niños, y aunque la había invitado a acompañarla a las primeras excursiones, ella sabía que él esperaba que rechazara la oferta.

Cuando vio la silueta de Raúl a través de la puerta de cristal que separaba el recibidor del porche, se puso tensa. Enseguida se fijó en su reflejo y se preguntó a sí misma: «¿Qué sentido tiene?». Para Raúl, ella formaba parte del mobiliario y sólo la requería cuando algo no iba bien.

Se puso derecha, y armándose de valor entró en el recibidor. Al ver a Raúl, fingió que no lo había visto antes. Se fijó en que todavía llevaba el traje de la noche anterior y la pajarita desatada.

Supuso que todavía se veía con Roxie, e imaginó que había pasado la noche con ella. Se estremeció al pensar que venía de su casa, con el aroma de ella impregnado en el cuerpo.

–¿Dónde has estado? –le preguntó él con tono acusador.

–He llevado a los niños al colegio –¿por qué se sentía celosa? Desde luego, no deseaba estar en el lugar de la actriz, ¡ni mucho menos!

–¿Hasta ahora? –preguntó Raúl mirando el reloj con el ceño fruncido.

–Había mucho tráfico.

–¿Y por qué llevas tú los niños al colegio? Tengo un chófer contratado. Mi madre apenas utiliza el coche a estas horas de la mañana, así que no me digas que George no estaba disponible.

George siempre estaba disponible. A Nell le parecía algo extravagante mantener un chófer todo el día cuando lo único que hacía era llevar a Aria a alguna cita ocasional.

–No iba a hacerlo.

–Hablaré con George –dijo él con decisión–. Ir por la ciudad con hora punta requiere talento y paciencia.

–¡Soy muy buena conductora! –protestó Nell indignada.

–No me refería a eso… –al ver que ella lo miraba con cara de enojada, le preguntó–: ¿Qué pasa?

–Hace frío fuera –dijo ella para justificar que se había

estremecido, y se abrazó–. Creo que no es buena idea pedirle a George que lleve a los niños al colegio.

–¿Y cuál es el motivo por el que no te parece buena idea? Aparte del hecho de que tú no puedes quedarte quieta más de diez minutos seguidos.

–Kate no quiere ir al colegio en un Rolls con chófer –Raúl la miró asombrado y Nell suspiró. A veces era tan burro…

–Entonces, teniendo en cuenta mi falta de comprensión, quizá deberías explicarme de qué diablos estás hablando.

–Le da vergüenza.

–¿Vergüenza?

–¿Recuerdas algo de cuando eras adolescente? ¿No recuerdas la necesidad de sentirte aceptado… de ser como todo los demás? –lo miró a los ojos–. No, por supuesto que no –¿por qué iba a hacerlo? Raúl Carreras no había sido uno más de la manada, él era un líder, un solitario, y la opinión de los demás le resultaba indiferente.

–Creía que los adolescentes querían expresar su propia identidad.

–Los adolescentes quieren ser aceptados dentro de un grupo –lo contradijo Nell–. Lo único que un adolescente no puede soportar es sentirse diferente. Las otras niñas no van al colegio en Rolls Royce. Y aunque lo hicieran, Kate no se crió con la idea de «si lo tienes, alardea de ello», como tú.

Hubo un largo silencio y, finalmente, Raúl preguntó:

–¿Y crees que yo alardeo de ello?

–Lo creía –admitió Nell–. Pero no eres un hombre ostentoso.

–Gracias.

–Me he dado cuenta de que ni siquiera te preocupan las apariencias. Tu motivo para conducir un coche caro y vestir ropa buena no es que la gente te mire. No te importa lo que piensen de ti.

–¿Pero a Katerina sí?

–Eso me temo.

–¿Y quieres decirme que tener dinero hace que Katerina se sienta incómoda?

Nell podía comprender su escepticismo. Debía ser difícil para alguien que se había criado en ese ambiente apreciar que a la gente normal le costaba acostumbrarse a ello.

–Y un poco culpable.

–¿Culpable? –preguntó. Raúl contempló el rostro de Kate y al sentir un deseo irrefrenable de acariciárselo, metió las manos en los bolsillos del pantalón–. ¿Estás segura de que no le estás atribuyendo

a ella tu propia conciencia social superdesarrollada?

–Yo no tengo una conciencia social superdesarrollada.

–¿No…? –arqueó una ceja–. Eres la mejor protagonista para una historia de pena que he conocido nunca.

–¡No es cierto!

–¿Y que hay de ese pobre al que le diste dinero y después se volvió y te robó el bolso y el teléfono, además de tirarte al suelo? –el día que su sobrino le contó la historia, Raúl sintió que le hervía la sangre.

Nell lo miró asombrada. El incidente había sucedido dos años antes.

–¿Cómo diablos…? Y no me tiró, me empujó un poco y me caí al suelo.

Raúl se pasó los dedos entre el cabello antes de quitarse la pajarita y tirarla sobre el escritorio. Murmurando en español, se acercó a la ventana. Después se volvió y la miró furioso.

–A eso me refiero. Eres una sensible, no… eres una sensible con muy poco juicio. Es más, ¡no deberías salir sin un guardaespaldas!

Su comportamiento hizo que Nell palideciera. Sabía que no le caía bien, que lo irritaba, pero en esos momentos parecía que la odiaba.

Aquello aclaraba el misterio de por qué la había estado evitando. Era evidente que no soportaba su presencia. «Se acabó la teoría de que está tratando de ocultar la atracción que siente por mí».

–¿No crees que estás cambiando de tema? Estábamos hablando de Kate.

–¿Qué?

–Tu sobrina. No te preocupes, estoy segura de que se acostumbrará a formar parte de los adinerados. Es más, llegará a gustarle.

–Entonces, ¿crees que yo tampoco debo ofrecerme a llevarlos al colegio?

–Eso es diferente. Tú eres…

–¿Yo soy…? –preguntó él, arqueando una ceja.

Nell se sonrojó.

–Bueno, digamos que para la reputación de una niña adolescente no será malo que la vean salir de un coche que conduces tú.

–¿Eso es un cumplido?

Nell trató de no fijarse en su devastadora sonrisa.

–Sólo un comentario sobre la superficialidad de tu sobrina

adolescente. Y ahora, ¿me necesitas para algo más? –preguntó mirando las escaleras.

Raúl siguió el recorrido de su mirada e interpretó su deseo de escapar. Esbozó una sonrisa y dijo:

–Deseo… –Nell sintió un nudo en el estómago. Se le aceleró el corazón y volvió la cabeza. Raúl la miraba con los dientes apretados–. Deseo verte en la biblioteca.

Enfadada consigo misma por permitir que volara su imaginación, Nell siguió a Raúl. Éste se echó a un lado para dejar pasar a una doncella que iba cargada con una pila de revistas.

Nell percibió que la presencia del jefe estaba poniendo nerviosa a la empleada, que sólo llevaba un par de semanas trabajando allí. Miró a Raúl y vio que se estaba poniendo impaciente. ¿Es que no se daba cuenta de que asustaba a la chica?

En esos momentos, la empleada golpeó una figurita que estaba sobre el escritorio con el codo. Nell la miró y vio que estaba a punto de ponerse a llorar.

–Gloria, dame las revistas –le ordenó ella–. Y no te preocupes, yo me encargaré de retirar las viejas. ¿Qué tal la fiesta? ¿Apareció John?

Gloria la miró con una sonrisa.

–Sí, y ella se quedó lívida porque él ni siquiera la miró…

Raúl se aclaró la garganta para prevenir que Nell escuchara el resto de la historia. La chica miró a Raúl con cara de disculpa y salió de la habitación.

–¿Qué crees que estás haciendo? –preguntó Raúl cuando Nell comenzó a ordenar las revistas.

–¿Qué te parece? –ella no lo miró, pero percibió que él la miraba con desaprobación.

–¿Quieres dejar eso? –Nell había terminado, pero el tono de Raúl hizo que colocara las revistas una vez más–. ¿No has oído lo que he dicho?

–Sí.

Oyó que él tomaba aire para contener su enfado, pero no se arrepintió por su comportamiento provocador. La vida ya era bastante mala, y sería peor si él se creía que con sólo chiscar los dedos ella lo obedecería. Tenía que demostrarle que, aunque sintiera una fuerte atracción hacia él, era capaz de tomar decisiones.

Nell estaba a punto de quejarse cuando, sin avisar, Raúl se acercó a ella y la tomó en brazos. La dejó en el suelo un poco más lejos y se colocó frente a ella.

Entonces, sin dejar de mirarla, levantó el brazo y tiró al suelo las revistas que ella había ordenado con tanto cuidado.

–¿Te sientes mejor? –preguntó ella mirando al suelo. Al levantar la vista sintió un nudo en la garganta. Estaba devastador. Su piel dorada, su boca sensual, y sus ojos oscuros brillantes por la rabia–. Si has tenido una mala noche, no lo pagues conmigo. Te diré que ver a un hombre adulto con una pataleta no es nada agradable.

Ella se agachó para recoger las revistas que había desparramado por el suelo.

–Recoger cosas no es tu trabajo. Hay gente contratada para ello.

Nell se enderezó.

–Tengo manos –se las enseñó–. Y puedo hacerlo –le dijo–. Cuando tiro algo, lo recojo yo misma. No llamo a nadie para que lo haga por mí.

–No era eso lo que quería decir.

–Entonces, ¿qué querías decir?

–¿Tienes que cotillear con el servicio? No es apropiado. Haces que se sientan incómodos.

–No estaba cotilleando, estaba hablando. Trataba de que la chica se sintiera cómoda. Tú eras el que la estaba aterrorizando.

–Yo no asusto a la gente –dijo él entre dientes.

–¿Y qué hay de la pobre Gloria? Estaba temblando.

–¿Quién es Gloria?

–Eres terrible –al cabo de unos instantes, Nell suspiró. No podía negar la evidencia. Había vivido unos días en esa casa y sabía que él era un hombre que trataba a los empleados con respeto y educación–. Sé que no lo haces aposta –admitió–. Es tu manera de hacerlo. Puede resultar un poco brusca.

Raúl entornó los ojos y la miró.

–La compasión no es algo que vaya contigo –ella lo miró al oír su comentario y se sintió fascinada al ver cómo se pasaba los dedos entre el cabello. Era un gesto sencillo, pero la cautivaba–. Además, no quería hablar contigo de esto.

Nell se lo miró a los ojos y vio que él la miraba fijamente.

Cuando por fin rompió el silencio, se sintió aliviada.

–No me había dado cuenta, hasta que mi madre me lo dijo, de la cantidad de trabajo que has asumido.

–¿Asumido?

–No tienes que estar todo el día detrás de Antonio y Katerina, no hace falta que te sientes durante horas para leerle en voz alta a mi

madre, ni que resuelvas los problemas domésticos.

–Disfruto leyéndole a tu madre –protestó Nell.

–No era ésa mi intención cuando te pedí que te mudaras aquí.

–¿El qué? ¿Que disfrutara?

Él la miró de arriba abajo y Nell se sonrojó.

–No está bien que estés de guardia veinticuatro horas.

–¡No es así! Tengo mucho tiempo para mí. Antonio y Kate están casi todo el día en el colegio.

–Los llevas y los recoges, y entretanto, en el colegio te utilizan como ayudante sin pagarte –dijo él con desaprobación.

–Es buena idea que los padres se impliquen –protestó ella.

–Tú no eres su madre.

–Ya veo –dijo Nell compungida.

No podía creer que hubiera tardado tanto tiempo en darse cuenta. Raúl había tratado de decirle que estaba sobrepasando los límites, que se estaba metiendo en cosas donde no la necesitaban. Ella no era la madre de los niños, ni siquiera le pagaban por ayudar.

Por supuesto, él tenía razón. Era un error que los niños se apegaran a Nell. Ella no iba a estar allí para siempre.

Raúl la miró y sintió una pizca de preocupación.

–¿Comprendes lo que quiero decir?

Nell tragó saliva y contestó:

–Por supuesto.

–Necesitas un poco de tiempo libre.

Capítulo 12

LO QUE le había dicho Raúl parecía algo muy generoso, pero no era más que una manera educada de decirle: «Recuerda cuál es tu sitio y guarda las distancias…». Y por eso, Nell estaba nadando en la piscina cubierta que había en la casa. La próxima vez que Raúl le preguntara ella podría demostrarle que había seguido sus instrucciones.

Nell estaba nadando cuando se dio cuenta de que no estaba sola. Se dirigió hasta el borde de la piscina y, apoyando los brazos en el bordillo, se aupó para salir del agua.

–Hola.

Nell, que todavía estaba sentada en el suelo, se fijó en las piernas esbeltas de la mujer que tenía a su lado.

–Señorita… –Nell se puso en pie y agarró, con una sonrisa, la toalla que la mujer rubia le entregaba.

La actriz no comentó nada acerca del saludo. Evidentemente, era tan famosa que pensaba que todo el mundo la reconocía.

–Tú debes de ser la niñera –la miró con curiosidad. Nell, que todavía no sabía cuál era su papel en la casa de los Carreras, no la corrigió–. Así que utilizar la piscina es parte del trabajo –Nell no sintió que aquella mujer le hablara con condescendencia–. Este lugar es precioso, ¿verdad? –continuó Roxie, mirando a su alrededor. La piscina tenía grandes columnas, una cascada y un jacuzzi–. Y nadas muy bien.

–Gracias.

–Me he cansado sólo de mirarte.

–Me gusta el agua.

Así que aquélla era el tipo de mujer que Raúl encontraba atractiva. La actriz era mucho más atractiva en persona que en la televisión. Era muy delgada y tenía las piernas más largas que Nell había visto nunca. Ella se sentía en desventaja, estaba empapada y vestía un bañador negro nada elegante.

–A mí también me gusta nadar. Es muy bueno para los pechos –

explicó Roxie.

Nell la miró y pensó que tenía unos pechos estupendos y que no necesitaba reafirmarlos. Sin embargo, los de ella sí que necesitaban un poco de ayuda–. El problema son los productos químicos que le echan al agua –continuó la actriz.

Nell trató de mirar a Roxie con interés mientras ella le explicaba un montón de cosas sobre el PH.

–No lo sabía –admitió Nell. «Guapa y nada tonta… ¿quizá un poco aburrida?», pensó, y se sintió fatal por ello.

–Destroza el color del pelo, ¿no crees? –preguntó Roxie fijándose en los mechones rojizos que Nell se estaba secando–. Me encanta el color de pelo que tienes, por cierto.

–Es casi rojo cuando se seca.

–Lo sé. El otro día te vi con los niños de paseo. Os saludamos, pero no nos visteis.

–¿Ah, sí? –en realidad, Raúl no había saludado, pero su amiga sí y Nell fingió no verlos.

–Sabes, no deberías llevar jerséis tan grandes con una cintura como ésa –le dijo mirando el vientre plano de Nell.

–Intentaré acordarme.

–Y utiliza mascarilla protectora para el pelo. Tuve una experiencia horrible cuando estuve en Cannes. Estuve nadando y mi pelo se volvió de color naranja. ¡Totalmente naranja! –se estremeció al pensar en ello–. Cuando me vio, Leo se quedó lívido.

–El color de mi pelo es natural.

–¡Bromeas! –Nell negó con la cabeza–. ¿No te has echado reflejos? ¡Es increíble! Si alguna vez quieres cambiarte… –la miró un instante–. De rubia estarías muy bien.

–No creo…

–No, hazme caso, te quedaría fenomenal, y si le mencionas mi nombre a Leo… Es mi peluquero y te atenderá como un favor hacia mí –se calló y, al mirar detrás de Nell, puso una amplia sonrisa.

–Raúl, cariño –dijo la actriz, y corrió hasta él.

Nell, que no deseaba ver el recibimiento que le daba, se volvió de espaldas a ellos y se envolvió mejor con la toalla.

–He interrumpido su sesión de natación –oyó que Roxie decía mientras se acercaban a ella.

–No sabía que estabas nadando.

Al oír su comentario, Nell sintió un nudo en la garganta. Lo miró y se quedó boquiabierta. Estaba imponente. Llevaba un traje hecho a medida y todo su cuerpo emanaba masculinidad.

Roxie era su equivalente en femenino. Y Nell pensó que la

combinación de sus genes crearía unos niños preciosos. «¿Por qué te torturas con eso, Nell?», pensó. Respiró hondo y contestó:

–Le pregunté a tu madre si podía utilizar la piscina –dijo a la defensiva, tratando de no fijarse en que Roxie apoyaba la cabeza sobre el hombro de Raúl.

–No hace falta que le pidas permiso a nadie. ¿No te lo había dejado claro? –preguntó–. ¿Pasa algo con el aire acondicionado de esta sala? –preguntó de pronto.

–No que yo sepa –contestó Nell con una leve sospecha de adónde se encaminaba su comentario.

–Para mí, hace mucho calor, cariño –añadió Roxie.

–Eso es porque tiene que tener una humedad constante –añadió él, fijándose en que Nell estaba completamente envuelta en una toalla–. ¿Hay algún motivo para tanta modestia?

Roxie soltó una carcajada e hizo que Raúl desviara la mirada de las mejillas coloradas de Nell.

–Lo siento, cariño, pero si hubieras visto su bañador… –miró a Nell con cara de disculpa–. Yo he paseado por la ciudad enseñando más de lo que enseña ella.

Raúl miró con cariño a la mujer que tenía a su lado.

–No es lo que llevas, sino cómo lo llevas.

Nell reaccionó como hubiera hecho cualquier mujer si alguien insinuaba que no tenía clase o estilo. Raúl no se lo había dicho directamente, pero era evidente que lo insinuaba. «Puede que yo también pudiera llevar esa ropa si tuviera un estilista personal y un montón de diseñadores rogándome que me pusiera sus últimas creaciones».

–Es muy malo que se enfríen los músculos después del ejercicio –explicó Nell con frialdad.

–A ti parece que te va a dar un ataque por el calor –comentó Raúl con ironía.

Roxie, sujetó el rostro de Raúl con una mano y lo volvió para que la mirara.

–¿Quieres dejar de meterte con la pobre chica? Soy yo la que lleva esperándote toda la tarde –le recordó.

–¿Recuerdas por qué voy a ir a esa fiesta? –preguntó él.

–¿No has recibido más llamadas?

–De momento, no –Raúl le besó la mano. Después, miró Nell a los ojos. Su sonrisa se desvaneció y su mirada se llenó de preocupación.

Estaba pálida y sus ojos eran inexpresivos. Parecía que estaba a punto de desmayarse. Se puso tenso, como si estuviera preparado

para agarrarla cuando se cayera.

Nell dejó caer la toalla a propósito, y se agachó para que la sangre le llegara a la cabeza. No estaba preparada para la desagradable sensación que había experimentado al ver que Raúl tocaba a la otra mujer. Los celos se habían apoderado de ella y nunca había imaginado que se pudiera tener esa sensación. Se había enamorado de Raúl Carreras.

–Me aburrí de esperarte, así que decidí investigar –le estaba explicando Roxie a Raúl.

–Ya veo.

Menos mal que Raúl no parecía ser un hombre muy cariñoso, porque teniendo en cuenta que Nell casi se desmaya sólo con verlo acariciar a la otra mujer… ¿Quizá se guardaba su cariño para cuando estaban a solas? Nell cerró los ojos y trató de borrar de su cabeza la imagen de dos cuerpos desnudos entrelazados.

–Es más, estaba a punto de decirle a… Lo siento, no sé cómo te llamas.

Al ver que Nell no respondía, Raúl contestó:

–Nell.

Al oír su nombre, Nell abrió los ojos y se encontró con que Raúl la miraba de forma implacable. De pronto, convencida de que sus sentimientos estaban escritos en su rostro, sintió un fuerte deseo de escapar.

–Pasadlo bien –murmuró forzando una sonrisa.

–No hace falta que te vayas por nosotros. Nos vamos a una fiesta, y yo quería llegar tarde. Aunque no tan tarde como se nos ha hecho –comentó Roxie.

A pesar del comentario, Raúl no se dio por aludido y continuó mirando a Nell.

–No, ya he terminado de nadar.

–Raúl, le estaba diciendo a Nell que fuera a ver a mi estilista. Creo que le quedaría fenomenal el pelo rubio –sonrió mirando a Nell–. Las rubias se lo pasan fenomenal, te lo aseguro –miró a Raúl batiendo sus pestañas–. Vamos, cariño, apóyame en esto.

–¡No! –Raúl estaba mirando a Nell.

–¿Y por qué no puede teñirse de rubio si quiere?

–Yo no quiero… –comenzó a decir Nell, y deseó estar en cualquier otro lugar.

–No va a teñirse de rubio.

–No digo de rubio platino, algo más suave…

–No va a cambiarse el color de pelo.

–Sólo porque la chica trabaja para ti… –contestó la actriz,

indignada al oír su comentario autoritario.

–No trabaja para mí –contestó Raúl sin apartar la vista de Nell.

–Entonces, ¿qué hace? –preguntó la actriz mirando a uno y a otro–. Aparte de nadar.

Nell se relajó cuando por fin Raúl miró a otro lado. Su mirada devoradora la había dejado débil como un cachorro.

–Es mi invitada.

–Ah, ya veo –dijo la actriz con asombro.

Nell sintió un escalofrío. Era evidente lo que la otra mujer estaba pensando. E incluso peor, cómo aparentaba aceptar la situación.

–¡No es así! ¡Para nada! –miró a Raúl, invitándolo a que explicara por qué estaba allí, pero él permaneció en silencio–. Vivía con el hermano de Rául. Estoy aquí para ayudar a que los niños se adapten a la nueva vida.

¿Por qué la verdad sonaba menos creíble que una mentira? Quizá porque ésa era sólo parte de la verdad. En el fondo, ella sabía que los motivos por los que se había mudado no eran únicamente altruistas.

–Entonces, ¿no estáis…? –Roxie miró a uno y después al otro. Se rió–. No pongas esa cara de susto, cariño –le dijo a Nell–. No eres su tipo. Eso lo sé hasta yo.

–¡Y él tampoco es mi tipo! –dijo Nell, apretando los dientes.

–Pues eso te hacer ser única –dijo la mujer con sorna–. Ten cuidado. Ése es el tipo de reto que un hombre no puede resistir –le advirtió–. ¿Tú qué opinas, cariño? –le preguntó a Raúl.

–Creo que sería buena idea si contestas ese maldito teléfono, Roxie.

La actriz, sin inmutarse por el comentario de Raúl, sacó del bolso un teléfono que llevaba sonando incesantemente durante cinco minutos.

Nell, agarró la toalla mojada y el libro que pensaba leer y, sin mirar a Raúl, se preparó para marcharse. Una mano en su hombro la detuvo.

Ella se retiró con brusquedad y Raúl quitó la mano.

–¿Qué ocurre? –preguntó él.

Raúl no había bajado el tono de voz y Nell tenía miedo de que la avergonzara delante de la otra mujer; miró hacia dónde ella se había ido a hablar por teléfono.

–No pasa nada –dijo ella, y apretó la toalla contra su pecho.

–Entonces, ¿por qué sales corriendo? ¿Y por qué has estado a punto de desmayarte? ¿Tienes migraña?

–No tengo migraña. Nunca me desmayo y no me estoy escapando, sólo quiero regresar a mi habitación –respiró hondo para tratar de contener la rabia–. Así que si quieres un espectáculo, te sugiero que te vayas a un club –sugirió conteniendo las lágrimas–. Quizá sea peculiar, pero no me gusta ser el centro de las bromas que compartes con tus amiguitas.

–No me estaba riendo de ti.

Era cierto.

Quizá hubiera sido más fácil soportarlo si se estuviera riendo de ella. La intensidad de su mirada era más difícil de soportar que las bromas. Raúl la miró de reojo pero con deseo, y tragó saliva.

Ella siempre notaba cómo la afectaba su presencia. Al verlo, su cuerpo reaccionaba y, cuando él la acariciaba con la mirada, sus pezones se ponían erectos. Sus miradas le decían: «Te deseo».

Sintió que una ola de calor recorría su cuerpo y que apenas podía respirar. Comenzaron a temblarle las piernas y se le nubló la vista.

–Supongo que pensarás que soy muy sensible.

–Eres sensible a mí. Tiemblas cuando te toco.

–Me pasa lo mismo cuando toco un cable eléctrico con corriente, o me pasaría si lo hiciera. No suelo hacerlo –añadió con desesperación.

Raúl asintió.

–Se puede describir como una corriente, sí –dijo él, y ella se estremeció. La agarró del brazo y le acarició la muñeca–. Tienes la piel suave como el terciopelo… –Raúl la miró con desesperación y Nell sintió un nudo en el estómago–. Es tan suave… –susurró.

Ella retiró la mano y se frotó la muñeca contra la cadera.

–¿Cómo puedes hablar así con tu novia delante?

–Nell… –Raúl no pudo terminar la frase. Roxie había terminado la conversación y se colocó entre ambos.

–Era Tris –le explicó a Raúl–. Le he mandado un beso de tu parte –se rió al ver la cara que puso él y se volvió hacia Nell.

–¿Qué tal si vienes con nosotros a la fiesta? –preguntó con fingido entusiasmo.

–¡Ni loca! –contestó Nell, sin nada de tacto–. Quiero decir, eres muy amable, pero…

–Me harías un gran favor –dijo la actriz–. Te estaría muy agradecida, y… Tristram Nichols también.

–¿Quién? –preguntó Nell frunciendo el ceño.

–Tristram Nichols –repitió Roxie, mirándola como si fuera de

otro planeta–. ¿El que hacía de Ben Lucas en la película *Tomorrow's People*…?

–¿Un actor?

Roxie se quedó boquiabierta.

–Se especializa en representar al típico británico de clase alta imbécil –intervino Raúl–. No sé si realmente está actuando.

–¡Raúl! –le reprochó Roxie–. Tristram es un actor estupendo. La cosa es que está, o estaba, liado con Laura Hill. La muy zorra no se quedó contenta con abandonarlo, sino que se fue a vivir con el mejor amigo de Tris. Se lo contó a los periodistas antes que Tristram –entornó los ojos–. Esta noche va a ir a la fiesta con su nuevo amor, ¡es tan típico de ella! ¡Y el pobre Tristram no puede ir sin pareja. Y menos cuando la prensa estará allí. Si no aparece, será darle la victoria a Laura…

Nell comprendió enseguida lo que Roxie trataba de decirle.

–¿Yo?

Roxie sonrió.

–Estás bromeando. ¡Por supuesto que no voy a ir!

–Pero será perfecto. Nadie sabrá quién eres y crearás tanta expectación que ni se fijarán en Laura.

–No quiero que la gente me mire.

–Oh, no te preocupes por eso. Dame media hora y un poco de maquillaje. No es que… –comenzó a decir al ver que podía haberla ofendido.

–Estoy segura de que tu amigo puede encontrar una acompañante mejor –dijo Nell–. Si es un actor famoso…

–Estoy seguro de que conoce una buena agencia donde buscan acompañantes.

Roxie miró a Raúl con el ceño fruncido.

–En media hora no conseguirá a nadie, Nell.

–¿Y por qué ha esperado hasta ahora?

–Han roto esta mañana y los periodistas han estado en la puerta de su casa desde entonces.

–¿Esta mañana…? ¿Y va a ir a una fiesta esta noche? ¿No se ha recuperado muy rápido?

–No es cualquier fiesta, y Tris es muy bueno ocultando sus sentimientos…

Raúl agarró a Roxie por el codo y la apartó a un lado. Su expresión sugería que ya había oído hablar bastante de Tristram.

–En el ambiente de Roxie, un matrimonio que dure seis meses es un récord, Nell –comentó con frialdad–. Vamos, Roxie, tu Tristram tendrá que enfrentarse solo o quedarse en casa.

–¿Quedarse en casa? ¿Tienes idea de la oportunidad que es esta fiesta para salir en los periódicos?

–No, de otro modo no habría aceptado ir contigo –contestó él.

–Las dos últimas películas de Tristram han sido un fracaso, y en este negocio uno es bueno según las ventas de taquilla. Es muy importante que en estos momentos consiga publicidad positiva.

–Ese hombre te importa mucho, ¿verdad?

–Bueno, estuve casada con él.

–¿Casada?

Ninguno respondió a la pregunta de Nell.

–Sé que sólo quieres ayudarlo, Roxie, pero no hay manera de que Nell pueda hacer algo así –la agarró por los hombros y la volvió para que mirara a Nell–. Mírala.

–Lo haré –dijo Nell.

–¡Eres un ángel! –exclamó Roxie y agarró a Nell antes de que pudiera cambiar de opinión.

Lo último que vio Nell mientras la sacaban casi a rastras de la habitación fue que Raúl la miraba furioso.

Capítulo 13

CON la ayuda de una de las empleadas de la casa, Roxie comenzó a transformar a Nell con decisión. Le explicó que no tenían mucho tiempo y que debía confiar en ella.

Abrió su armario, vació su contenido en el suelo y fue separando lo que no le parecía adecuado. Finalmente, eligió un vestido negro y se lo dio a Nell para que se lo pusiera.

Nell se lo había comprado en las rebajas el año anterior, pero nunca había tenido la oportunidad de ponérselo. Era un vestido sencillo que se ceñía a su cuerpo y resaltaba sus pechos. Era mucho más corto de lo que ella solía ponerse, tan corto que la preocupaba que se vieran los encajes de las ligas que llevaba. Se lo había comentado a Roxie y ella le había contestado:

–¿Y eso es malo porque…?

¿Cómo se podía razonar con alguien como ella?

Al pasar por delante de un espejo, Nell se miró de refilón.

«¡Oh, cielos! Raúl tenía razón, no puedo hacer esto. ¡Y sobre todo porque en realidad no quiero! Él no tenía que haber dicho que no podía hacerlo, yo no me habría enfadado y no estaría aquí haciendo el ridículo. Así que es culpa suya», concluyó.

–Es demasiado corto –se quejó, tirando hacia abajo del vestido.

Roxie se rió.

–El vestido es precioso, y te queda estupendamente. Me alegro de haber elegido un color natural, tienes la piel muy bonita y sería una lástima ocultarla. El color de labios es perfecto. Sutil pero sexy. La pena es que no hayamos tenido tiempo de alisarte el pelo –admitió al fijarse en la melena ondulada de Nell. Ella, que siempre había deseado tener una melena lisa, estaba de acuerdo–. Vamos a ver qué opina Raúl.

–¿Es necesario? –preguntó Nell con nerviosismo.

–¿Preparada? –preguntó Roxie, y sin esperar a que contestara la

agarró del brazo y la llevó a la biblioteca donde las esperaba Raúl.

–Bueno, ¿qué te parece?

Rául cerró el ordenador portátil que tenía delante y miró a Nell de arriba abajo.

–Muy bien.

El anticlimax fue intenso. «Te lo mereces por querer impresionarlo», pensó Nell. Si el resto de los hombres iban a reaccionar como él, era mejor que fuera invisible.

–¿Muy bien? –repitió Roxie asombrada–. Está estupenda, y lo sabes.

Raúl puso una sonrisa enigmática.

–Es guapa, así que nada ha cambiado –sin esperar a que las mujeres respondieran, se puso la chaqueta–. Si vamos a ir a esa fiesta, ¿no será mejor que vayamos antes de que los fotógrafos se marchen a casa?

Nell se dirigió al coche que los esperaba fuera medio mareada. «¿Cree que soy guapa?».

–Tienes que portarte muy bien con Nell, Tris, porque no tienes ni idea de lo difícil que ha sido convencerla para que haga esto. Además, ni siquiera sabe quién eres. Siéntate atrás y charla con ella para conocerla un poco –le dijo Roxie a su ex marido.

Tristram era un hombre rubio y apuesto, y resultó ser un acompañante poco exigente y con sentido del humor. Si estaba destrozado emocionalmente, lo ocultaba muy bien, y Nell, que esperaba pasar la velada levantando el ánimo de un actor narcisista, estaba gratamente sorprendida.

Mientras la conversación en el asiento trasero era cada vez más animada, en la parte delantera del coche, Roxie y Raúl iban en silencio.

Los flashes los deslumbraron incluso antes de salir del coche. La gente gritaba el nombre de Tristram y él, sonriente, saludaba con la mano.

Fue cuando Nell tropezó, que Tristram se dio cuenta de lo nerviosa que estaba. La agarró de la mano, la miró y le dedicó una de sus mejores sonrisas.

–No te preocupes, cuidaré de ti.

Su comentario hizo que Raúl lo mirara con despecho, y la frustración que sentía Roxie se hizo evidente cuando, al pasar delante de los fotógrafos, Raúl aceleró el paso y no aprovechó la posibilidad de salir en los periódicos.

–¿Qué le pasa? –preguntó Tristram, refiriéndose a Raúl, quien, junto a Roxie había conseguido llegar hasta el hotel donde se celebraba la fiesta–. Sé que no le gustan este tipo de eventos, pero no es para ponerse así. Nell se encogió de hombros y aceptó una copa de champán que le ofreció un camarero–. Quizá deba probar esa técnica… cuando peor los tratas, más caso te hacen. Has visto cómo lo perseguían los fotógrafos.

–No he visto nada, estaba cegada por los flashes –confesó Nell.

–Se me olvidaba que no estás acostumbrada a esto. Lo has hecho muy bien. Tómate la copa, te relajará.

Nell siguió su consejo y se la bebió de un trago.

–Estaba sedienta –explicó.

–Ya veo.

–Escucha, si tienes que hablar con gente, estaré bien sola.

Al oír sus palabras, Tristram, que estaba fijándose en cómo su ex esposa se aferraba al brazo de Raúl, la miró de nuevo.

–Eres un encanto.

–Preferiría ser sexy, si te digo la verdad.

Tristram soltó una carcajada. Después, sujetó a Nell por la barbilla e hizo que lo mirara.

–Eres sexy –le prometió–. Muy sexy. Tienes un pelo increíble –le dijo, acariciándole un mechón.

–Y al parecer, es de verdad –comentó una voz desde detrás. Roxie puso la mano sobre el hombro de su marido–. Rafe Barrett está aquí –le dijo–. Todavía no ha elegido al protagonista de su próxima película.

–Más tarde –dijo Tristram–. Ahora quiero bailar, ¿Nell? –le ofreció la mano.

–No bailo muy bien –le advirtió.

–Pero yo sí –le contestó.

Nell no esperaba pasárselo bien en la fiesta, y sin embargo, lo hizo. Quizá el champán contribuyera a que estuviera animada, ¿o quizá la compañía de un hombre apuesto? En cualquier caso, todo iba estupendamente hasta que al salir del baño, se encontró con Raúl.

–¿Me estabas esperando? –le preguntó. Eso sí era el champán. En otras circunstancias, no habría puesto voz a sus sospechas.

–¿Cuánto has bebido? –preguntó él al ver que ella agarraba otra copa cuando pasó un camarero.

–No las he contado.

Raúl la miró a los ojos y después se fijó en sus mejillas coloradas.

–Estás borracha –la acusó.

–¡No lo estoy! Y si lo estuviera, ¡no debería importarte!

–Claro que me importa. Vives en mi casa.

–Pero no duermo en tu cama –dijo ella, elevando el tono de voz.

Raúl se percató de que varias personas se quedaron en silencio al oír que estaban discutiendo y cambió su contestación.

–Voy a llevarte a casa.

–No creo, y no veo cómo vas a obligarme –murmuró ella–. ¿Qué vas a hacer? ¿Colocarme sobre tu hombro mientras yo grito y pataleo?

Él la fulminó con la mirada.

–¿Crees que no lo haría?

–Atrévete –lo retó.

Raúl apretó los puños para no caer en la tentación de hacerlo.

–Estás quedando en ridículo –le dijo entre dientes.

Nell se encogió de hombros.

–Puedo permitírmelo.

–No me des la espalda –dijo Raúl.

Nell se volvió para mirarlo. Le colocó una mano en la cintura y dijo:

–¿Por qué? ¿Quieres bailar? –lo miró a los ojos y admitió que había llegado demasiado lejos–. Tienes razón, he bebido demasiado –dijo, y dejó la copa sobre una mesa.

–Sí –ella lo miró confusa–. Bailaré contigo –Raúl colocó una mano sobre su espalda y la atrajo hacia sí–. ¿Por qué voy a ser el único que no lo haga? –murmuró.

Después de los primeros pasos, Raúl sintió que ella se relajaba. El cuerpo de Nell se amoldaba al suyo como si fuera una segunda piel y ambos se dejaron llevar, no por el ritmo de la música, sino por el del deseo que corría por sus venas. Nell tenía la frente apoyada en el pecho de Raúl y él podía inhalar el delicioso aroma de su cabello. A través de la fina tela del vestido, sentía el calor de su cuerpo.

Notó que ella suspiraba cuando le permitió que sintiera su erección.

La rabia que había provocado que la llevara a la pista de baile lo estaba abandonando, pero no el deseo que sentía por ella. Cerró los ojos y se imaginó metiendo las manos por debajo del vestido que llevaba Nell. Le acariciaría los muslos hasta llegar a… «¡Delante de

todo el mundo, en la pista de baile! Estás loco, Raúl».

Tenía que conseguir que se enfriara la situación. Ella había bebido mucho.

Respiró hondo y se separó un poco de Nell, pero ella volvió a pegarse a su cuerpo.

–No bailo muy bien –dijo ella, mientras pensaba: «Aunque eso no ha sido bailar, ha sido la mejor experiencia erótica de mi vida y, posiblemente, podían habernos arrestado por ello».

Miró a su alrededor y se sorprendió al ver que nadie los miraba. ¿Es que no se habían dado cuenta de lo que había sucedido?

Miró a Raúl y vio un extraño brillo en su mirada. «Él sí se ha dado cuenta», pensó ella.

–No hace falta que lo hagas –contestó él de manera enigmática antes de darse la vuelta y marcharse, dejándola allí, en medio de la pista de baile, sintiéndose como una idiota.

–¿Estás bien?

Nell sonrió. Tristram la había encontrado en una esquina poco iluminada.

–No especialmente –admitió ella esbozando una sonrisa.

–¿Te apetece irte de aquí? –preguntó él.

–¿Adónde?

–Adonde tú quieras.

Terminaron en un club de jazz donde Tristram se pasó toda la noche hablando sobre su ex esposa y Nell, que estaba cada vez más sobria, recordando horrorizada cómo se había comportado en la fiesta.

Más tarde, en el taxi de vuelta a casa, Tristram le contó una anécdota cuya protagonista, curiosamente, era Roxie.

–La mayor parte de las mujeres se habrían vuelto locas, pero Roxie no. ¿Sabes lo que hizo?

–¿Por qué te divorciaste, Tristram? Es evidente que sigues enamorado de ella.

Tristram suspiró.

–Ambos estábamos muy ocupados con nuestros trabajos y nos distanciamos.

–¿Había otras personas?

–Eso siempre es un problema en la industria del cine. Las parejas pasan mucho tiempo separadas. De acuerdo –dijo al ver la expresión de Nell–, no es una buena excusa. Supongo que es cierto que uno no

aprecia lo que tiene hasta que ya no lo tiene.

–Y ahora, ella está con Raúl.

–Sí, eso parece.

Nell no sabía que podía decir para hacer que se sintiera mejor. Al menos, no sin mentirle. Tristram era encantador, tenía mucho sentido del humor y éxito con las mujeres, pero ¿había alguna mujer capaz de dejar a Raúl por él? Nell creía que no.

Sintiéndose como una adolescente que no había respetado el horario, Nell se quitó los zapatos y subió por las escaleras sin hacer ruido. Antes de dirigirse a su habitación, entró en la de los niños para comprobar que estuvieran bien.

Cuando salió, se apoyó contra la pared, cerró los ojos y respiró hondo. Durante los últimos días se había preguntado muchas veces cómo sabría cuándo debía marcharse de allí, pero aquella noche habían tomado la decisión por ella.

Allí era donde quería estar, pero no era donde pertenecía.

Sería lo mejor para todos, incluso para ella. Los niños la echarían de menos al principio, pero enseguida se acostumbrarían a la nueva vida. Nell pestañeó para contener las lágrimas que afloraban a sus ojos. Se había enamorado de Raúl.

Pero sobreviviría.

Había otras cosas a las que no podría sobrevivir. Recordó cómo Raúl la miraba con deseo, lo que sintió al estar entre sus brazos, y la fuerza de su miembro erecto. Eran cosas que nunca olvidaría, pero que no podía permitir que sucedieran otra vez.

Sabía que Raúl estaba acostumbrado a conseguir lo que quería, que la gente tenía aventuras amorosas sin compromiso, pero eso no era lo que ella deseaba. Además, estaba Roxie.

El problema era que no sabía cómo podría contenerse si Raúl la tocaba, por eso tenía que asegurarse de que nunca sucedería. Y rápido.

«La gente no se muere por un corazón roto», pensó. Abrió la puerta de su dormitorio y encendió la luz.

–¿Dónde diablos has estado? ¿Sabes qué hora es? Las tres y media… –preguntó Raúl enfadado–. ¿Te das cuenta de lo desconsiderado de tu comportamiento? ¿Y bien? –le preguntó, dando un paso adelante.

–¿Qué estás haciendo en mi habitación? ¿A oscuras? –preguntó Nell, y se fijó en su musculoso cuerpo. Se había quitado la chaqueta y la corbata, y llevaba la camisa desabrochada hasta casi la cintura.

Tenía el pelo alborotado. Al verlo, Nell sintió dos deseos contradictorios. Deseaba peinarle el cabello y arrancarle la ropa.

–¿Qué clase de ejemplo le estás dando a Katerina con este tipo de comportamiento?

–Está dormida. Y me despertaré a tiempo para llevarlos al colegio.

–¿Al colegio? ¡Esto no tiene nada que ver con el colegio!

–Entonces, ¿con qué tiene que ver? –la pregunta lo pilló desprevenido. Nell, que nunca había visto a Raúl sin palabras, se quedó desorientada–. ¿Has estado esperándome despierto?

–¿Qué te hace pensar eso? –dijo él, y se pasó la mano por el cabello–. Estuve una hora buscándote en esa maldita fiesta hasta que un idiota mencionó que te había visto salir con Nichols. Al menos, podías haberle dicho a alguien que te ibas.

–No veo por qué. ¿Es que tengo un horario?

–Lo que tienes que tener es respeto por ti misma.

–No tienes derecho a hablarme así. No eres responsable de mí.

–Alguien tendrá que serlo, porque es evidente que no eres capaz de cuidar de ti misma.

–Al menos, no soy una hipócrita.

–¿Qué quieres decir?

–¿Cuándo fue la última vez que dormiste en tu cama? Y para que lo sepas, llevo cuidando de mí misma, y con éxito, desde que tenía dieciocho años –le dijo enfadada.

–¿Estás incluyendo los años que viviste con mi hermano?

–Mi vida habría sido muy diferente si Javier no me hubiera apoyado. Era una persona muy especial.

De pronto, la rabia desapareció del rostro de Raúl.

–Mi padre nunca fue el mismo después de que él se marchara –dijo de manera inesperada–. Y sé que, para mi madre, obedecer a mi padre y no contactar con Javier fue lo más difícil que ha hecho nunca.

–Supongo que estarían contentos de que tú te quedaras…

Nell se sintió decepcionada, pero no la sorprendió ver que Raúl no estuviera dispuesto a hablar de sí mismo.

–¿Dónde has estado? –Sé que no has ido a su casa.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque he estado allí.

–¿De veras? –Nell lo miró–. Pues no estaba allí.

–Eso ya lo sé, pero ¿dónde más se suponía que podía buscarte? –murmuró–. Estabas bebida, y podía haberse aprovechado de ti.

–Tristram no habría hecho nada del estilo.

–Pero yo sí, supongo.

Nell se quedó asombrada al oír su acusación.

–No he dicho eso. Sé que no te cae bien por lo de Roxie, pero Tristram es un buen hombre y nunca haría nada parecido.

–A menos que tú se lo pidieras.

Se hizo un tenso silencio. Nell sintió que una lágrima rodaba por su mejilla y se la secó con el dorso de la mano.

–A lo mejor quería que se aprovecharan de mí –dijo ella–, pero que no fuera él.

Raúl respiró hondo y miró a Nell fijamente. La expresión de su rostro era indescifrable, y la tensión que invadió la habitación insoportable.

–No hemos… No he… Fuimos a un club de jazz y hablamos… –«¿Por qué le estoy contando todo esto?», pensó.

Nell deseaba que se la tragara la tierra. Le había hecho una insinuación y él no había respondido. «La noche es joven», decidió Nell.

–Habla mucho –dijo él, caminando de un lado a otro de la habitación con las manos en los bolsillos–. No me extraña que Roxie lo dejara.

–Me da la sensación de que el motivo fuiste tú –contestó Nell con malicia.

–Yo no me acuesto con mujeres casadas.

–¡Guau! Pensaba que las mujeres casadas eran las que más te gustaban. Puesto que no implican ninguna clase de compromiso, ¿no es así?

–Para que lo sepas, conocí a Roxie dos años después de que se separaran, y para entonces, ya había pasado mucha agua por debajo del puente.

–Hombres… –Nell se arrepintió de sus palabras nada más pronunciarlas e intentó arreglarlo–. Roxie me cae bien. Creo que es una persona sincera.

–Ya. No trates de arreglarlo después de haberla llamado zorra. Quizá tú eres la que debería ser más sincera.

–No la he llamado zorra –dijo Nell–. Y, teniendo en cuenta que llevas toda la noche metiéndote con Tristram, creo que no puedes hablar. No sé por qué lo tratas tan mal. Si hubiera sucedido algo esta noche, habría sido yo la que se aprovechara de él. Tristram aún no se ha recuperado.

–He visto muchos corazones rotos, pero no el de él.

–Cielos, eres un cretino –lo acusó–. Mira, esto no va a ningún sitio. Siento que te hayas preocupado… ¿O era Roxie la que estaba preocupada?

–Roxie se marchó a una discoteca.

–¿Sin ti?

–Puesto que estoy aquí, la respuesta es «sí» –eso no le había gustado a Roxie. En realidad, Roxie había estado toda la noche disgustada con él.

Raúl le había dicho hacía tiempo que entre ellos no había química. Pero Roxie sabía que el hecho de que los vieran como si fueran una pareja les daría mucha publicidad gratuita. Aquella noche, ella había decidido que para darse publicidad no le merecía perder el tiempo con un hombre que se comportaba como si ella fuera invisible.

–Lo siento si no has podido ir por mi culpa.

–Estaba volviéndome loco de lo preocupado que estaba por ti –comentó Raúl.

–Bueno, eso me parece un poco excesivo.

–Excesivo –repitió él sin entusiasmo–. ¿Excesivo? –preguntó enojado esta vez–. ¿Quieres que te demuestre lo que es excesivo?

Capítulo 14

RAÚL dio dos pasos y alcanzó a Nell. Le sujetó el rostro y la besó con ímpetu. Cuando sus bocas se separaron, el corazón de Nell latía con fuerza. Se sentía como si estuviera flotando. Lo deseaba. Deseaba que siguiera besándola sin parar.

–¡Cielos! Ha sido perfecto. Tú eres perfecto.

–Esto va a ser perfecto.

–¿El qué?

–Creo que ya sabes a qué me refiero –sugirió él con deseo en la mirada.

Nell asintió.

–Sólo quería oírtelo decir. Quería saber si sonaba tal y como lo imaginaba –dijo ella con desafío.

–Voy a llevarte a la cama y a hacerte el amor –le acarició los labios antes de mordisqueárselos con suavidad–. ¿Qué tal esto comparado con tus fantasías?

–Creo que prefiero lo real.

–¿Así de real? –le agarró la mano y la llevo contra su cuerpo.

Nell notó que tenía una fuerte erección. Él sonrió al ver la expresión de su rostro y, después, sin dejar de mirarla, le metió la lengua en la boca.

Nell se estremeció al sentir que una ola de calor recorría su cuerpo. Le flaquearon las piernas y él la rodeó por la cintura para atraerla hacia sí.

–Llevo mucho tiempo esperando para hacer esto –confesó él.

De pronto, Nell se encontró con la espalda apoyada en la pared sin recordar cómo había llegado hasta allí. El placer que le provocaban sus caricias rozaba lo intolerable.

Se estremeció y pronunció su nombre en voz alta.

–Eres tan… tan… mmm… –suspiró cuando él comenzó a besarle el cuello. Sus besos eran adictivos. Él era adictivo. Comenzó a desabrocharle el cinturón.

–Y tú, mi pequeña Nell, eres preciosa. Y muy deseable. Primero

con el bañador negro, después con este vestido… Lo he pasado fatal pensando en que alguien podía hacerte lo que yo más deseaba… –le dijo mientras la ayudaba a desabrocharse el pantalón.

–¿Y qué más deseabas hacer?

–Muchas cosas –le dijo en un tono que la hizo estremecer–. Pero primero… –le acarició un pecho.

Nell se mordió el labio inferior cuando él encontró su pezón erecto, apoyó la cabeza en su hombro y gimió de placer.

Raúl le acarició la nuca y después el cabello, a la vez que le decía palabras en español. Nell no las comprendía, pero era lo más excitante que había escuchado nunca.

Él llevó una mano a su espalda y le bajó la cremallera del vestido.

–Quítatelo, quiero verte desnuda –le dijo mientras la besaba en los labios.

«¿Sabes lo que estás haciendo, Nell?» lo miró a los ojos y, de pronto, la pregunta le pareció irrelevante.

Se quitó el vestido y lo dejó caer al suelo. Permaneció de pie, con un conjunto de ropa interior y medias. Raúl sintió cómo se intensificaba su erección.

–Cielos, eres preciosa –comentó–. Me estás volviendo loco –le dijo abrazándola.

Mientras se besaban de manera apasionada, Raúl le acarició el interior de los muslos. Notó que se sobresaltaba y le preguntó:

–¿No te gusta?

–No me gusta que pares –confesó ella.

Raúl soltó una carcajada, la agarró por la cintura y la levantó hasta la altura de la suya.

–Entonces, no pararé.

Nell lo rodeó con las piernas para sellar sus cuerpos y le rodeó el cuello con los brazos. Raúl la llevó hasta la cama. Una vez allí, se sentó y colocó a Nell en su regazo.

Ella le acarició el cuello y notó que estaba cubierto de una fina capa de sudor. Acercó la lengua y probó su piel salada. Apoyó la palma de la mano contra su pecho y, con una sonrisa, estiró el brazo de forma que Raúl cayó tumbado sobre la cama.

–Soy todo tuyo –dijo él. Era lo más erótico que había visto nunca, una mujer de cabello rojizo sentada a horcajadas sobre su cuerpo.

Con los ojos medio cerrados, Nell se inclinó hacia delante, y apoyó una mano a cada lado de la cabeza de Raúl. Él le acarició los hombros con un dedo y ella echó la cabeza hacia atrás, dejando su

largo cuello al descubierto.

Raúl le quitó el sujetador y le acarició los pechos. Después, no pudo contenerse y le mordisqueó los pezones.

–¡Cielos, Raúl! –exclamó ella. Cuando el placer se hizo insoportable, se tumbó sobre él.

Raúl le acarició el cabello, y la tumbó de lado. Nell lo besó en la boca y él no tardó en reaccionar.

–Sí –dijo al ver que ella comenzaba a quitarle la ropa. Nell le desabrochó la camisa del todo y le acarició el torso.

–Eres perfecto –le susurró al oído.

–¿Me deseas? –preguntó él mientras se quitaba la camisa. Ella asintió, y él se quitó el resto de la ropa. Al verlo, Nell sintió un nudo en el estómago–. Ahora es mi turno.

Nell cerró los ojos y dejó que él le acariciara los pechos, el vientre y le quitara la ropa interior. Raúl le besó las piernas, y ella las separó a modo de invitación.

Una invitación que él aceptó sin dudar un instante. Su delicada y sensual exploración hizo que, varias veces, ella estuviera a punto de llegar al límite. Cuando él se acomodó entre sus muslos, ella estaba susurrando su nombre.

Al sentir el roce de su miembro, gimió de placer y, entonces, él la penetró. La sensación que experimentó era mucho mejor de lo que ella había soñado. Raúl comenzó a moverse despacio en su interior, hasta que ella creyó no poderlo soportar más. Justo en el momento en que ella empezaba a disfrutar del orgasmo, él pronunció su nombre y la penetró con más fuerza y se derrumbó sobre ella.

Nell sintió cómo la cálida esencia de su cuerpo entraba en su interior.

Un poco más tarde, después de que sus respiraciones se tranquilizaran, sus cuerpos se separaron. Él permaneció tumbado boca arriba mirando el techo y sin tocarla.

Eso la molestó.

–¿No te acostaste con Javier?

–Javier nunca quiso acostarse conmigo –a Nell no se le ocurrió que debía decirle que ella tampoco quería acostarse con Javier.

Al ver que él la miraba con furia, retiró la mano que estaba a punto de colocar sobre su hombro.

–Estás borracha…

–No lo estoy.

–¡Borracha! Me he acostado con una virgen borracha. ¡Una virgen borracha que estaba pensando en mi hermano!

–¡No es cierto!

Ignorando su negativa, Raúl se levantó de la cama y comenzó a vestirse.

–Tengo que irme –dijo, evitando mirarla a los ojos.

–Quédate. Tenemos que hablar.

Su mirada ardiente recorrió su cuerpo.

–Si me quedo, no hablaremos, y no tengo intención de repetir una mala decisión.

«¡Mala decisión!». Nell lloró un rato después de que él se marchara. Cuando se tranquilizó, se sentó en la cama con decisión.

Sabía lo que tenía que hacer.

Capítulo 15

BUENO, señorita Rose, todo está bien. Como ha visto en la ecografía, tiene un bebé saludable, de casi doce semanas.

Nell, que se había preparado para lo peor, suspiró aliviada.

–¿Y el sangrado…?

–Que haya una pequeña pérdida de sangre no es inusual al principio del embarazo, mientras las hormonas se estabilizan.

–Entonces, ¿puedo irme a casa?

–Claro –dijo el médico–. Recuerde: debe tomarse las cosas con tranquilidad, no haga sobre esfuerzos y, si tiene alguna duda, vaya a ver a su médico de cabecera.

–Lo haré –prometió Nell.

Al salir del área de maternidad, Nell vio varias mujeres embarazadas. Se fijó en una que iba agarrada del brazo de un hombre. Debía de estar al final del embarazo y el hombre la trataba como si fuera de porcelana.

«Así es como debe ser», pensó. «Compartir todo el…», Nell dejó de sonreír y se apresuró a darse la vuelta. «Nunca tendré todo eso. Nadie compartirá el embarazo conmigo».

Sintió que la nostalgia se apoderaba de ella y salió del edificio. De camino a casa, pensó en cuál era la mejor manera de decirle a Raúl que la noche que pasaron juntos se había producido el bebé que albergaba en su interior, de forma que él no pensara que le estaba pidiendo que se implicara.

Por supuesto, era más fácil no decírselo, pero consideraba que tenía derecho a saberlo. Algún día su hijo querría saber quién era su padre. Al menos, ella podría decirle que su padre era un hombre al que había amado con locura.

Antes de llegar a casa, entró en el supermercado. Al salir con las bolsas en la mano, no se fijó en la mujer que estaba mirándola desde un taxi.

Esa misma noche, terminó de escribir la carta que tantas veces había empezado. La metió en un sobre, le puso un sello, y se dirigió

al buzón. Como no estaba segura de que por la mañana fuera a levantarse con la misma opinión, regresó hasta la casa donde había alquilado una habitación.

Decidió tomar el camino largo porque estaba mejor iluminado y, al oír unos pasos detrás de ella, aceleró la marcha.

La calle estaba desierta, respiró hondo y se puso a correr. Cuando estaba a punto de llegar a la puerta de su casa, se torció un tobillo y cayó sobre el asfalto, parando el golpe con las rodillas y las manos. Sintió que las manos de un hombre fuerte la agarraban y se convenció de que iba a ser víctima de un ataque. Reunió toda la fuerza posible y golpeó con el codo hacia atrás. El hombre se quejó al recibir el golpe y la soltó, ella se puso en pie y se volvió para enfrentarse a su atacante.

–¿Eres tú? –preguntó asombrada al ver a Raúl.

–¿Estás loca?

–Creía… creía que me estabas persiguiendo.

–Claro que te estaba persiguiendo, saliste corriendo como si…

–¿Cómo si alguien me estuviera siguiendo?

–Creías que yo… ¿Y qué pensabas hacer? ¿Pelear?

–Desde luego, no iba a ponértelo fácil.

Los ojos de Raúl se iluminaron con cierto brillo de admiración. Seguía tan enfadado que no podía mirarla sin preguntarle cómo había podido marcharse después de la noche que habían compartido.

–Incluso tu peor enemigo tendría que admitir que eres valiente.

–¿Es eso lo que eres tú?

–¿Te has hecho daño?

Nell se miró las manos y las rodillas y vio que tenía un poco de sangre.

–Un poco dolorida pero… –de pronto, recordó la vida que llevaba en su interior.

Raúl vio que palidecía antes de inclinarse hacia delante y abrazarse el vientre.

–¿Qué ocurre? –le dijo rodeándole la cintura con el brazo–. ¿Estás herida?

Nell levantó la vista y lo miró a los ojos.

–Yo no –le dijo.

–Entonces, ¿qué pasa?

–¿Y si con la caída le he hecho daño al bebé?

–El bebé. ¿Qué bebé?

–El nuestro.

Durante unos segundos, Raúl se quedó impávido.

–¿Estás…? ¿Estás diciendo que estás…?

Ella asintió.

–Estoy embarazada. Lo siento –le dijo al ver su cara de susto–. Acabo de salir del hospital, Raúl, ¿crees que debería volver?

–Hospital… bebé… ¡Dios mío! –Raúl cerró los ojos y Nell vio que se ponía pálido.

–Mira, yo vivo ahí –dijo ella señalando una puerta–. ¿Crees que podrás llegar?

Raúl abrió los ojos y la miró.

–¿De qué estás hablando? Soy capaz de dar unos cuantos pasos.

–No lo parecía. Siento mucho habértelo dicho así –le dijo–, pero supongo que me entró el pánico. Hubiera sido mucho más fácil hacerlo por carta. Eso era lo que estaba haciendo… Enviarte una.

–Me conmueve la consideración que tienes por mis sentimientos –dijo él con sarcasmo–. Estoy seguro de que es mucho más fácil disparar a alguien desde la distancia que estar frente a él y apretar el gatillo, pero no tiene por qué ser así para la persona que recibe la bala.

–¿Qué estás haciendo?

–Voy a llevarte al hospital –dijo él, y la tomó en brazos.

–No es necesario. Ni que me lleves en brazos, ni ir al hospital.

–¿No crees que debemos dejar que lo decida una persona cualificada?

–Preferiría irme a casa.

–Tus preferencias no son una prioridad en estos momentos –Nell no contestó y permaneció en silencio hasta que llegó al hospital.

–Éste no es mi hospital –dijo ella, al ver que Raúl se detenía frente a un edificio.

–Lo sé –dijo él, y la sacó del coche.

–Escucha, no puedes hacer que…

–Creo que descubrirás que puedo hacer muchas cosas, pero creo que podemos discutirlo una vez que sepamos que el bebé está bien.

–¿Se supone que tengo que creerme que te importa?

–El bebé es lo único que me impide estrangularte –dijo él, antes de decirle a la recepcionista que quería ver al médico. Un médico que él conocía.

Al cabo de unos instantes, salió a recibirlos un médico llamado Will James. Éste le preguntó a Nell si deseaba que Raúl estuviera en la sala mientras él le hacía la exploración.

–Por supuesto que no –dijo ella, y le sonrió agradecida.

Raúl se quejó.

–Will, eso no es necesario.

–Ella es la que manda –dijo el doctor con firmeza, y esperó a que Raúl saliera de la consulta.

–Bueno, cuénteme qué le pasa.

–Esto ya me lo han hecho hoy –suspiró ella.

–Cuénteme.

–¿Conoce a Raúl?

–¿Eso es un problema?

–Podría serlo.

–Conozco a Raúl, pero puedo asegurarle que nuestra amistad no afectará al hecho de que lo que usted me cuente será confidencial.

–¿Conoce a Raúl y puede decir eso?

Él se rió.

–No he dicho que vaya a ser fácil.

Cuando el médico salió de la consulta, una enfermera entró con una taza de té para Nell y le preguntó si quería ver al señor Carreras. Nell le dijo que sí y ella lo mandó entrar.

–A mí nadie me ha ofrecido un té –dijo Raúl enojado y nada más entrar.

–Puedo pedir otra taza.

–No quiero té. El personal ha sido de muy poca ayuda. ¡Nadie me ha informado de nada!

–Supongo que piensan que no es asunto tuyo.

–¿No es asunto mío? Soy el padre…

–Siempre puedes preguntarme a mí.

Su dulce voz hizo que él se calmara.

–Podría.

–Siéntate, Raúl –sugirió ella.

–¿Por qué? ¿Hay malas noticias?

–No –lo tranquilizó Nell.

Raúl se sentó en el borde de la cama y Nell se estremeció al inhalar su aroma masculino.

–¿Qué ha dicho Will?

–Que estoy embarazada.

–Podías habérmelo dicho… Ah, me olvidaba de que ibas a mandarme una carta –Raúl cerró los ojos y dijo algo en español–. Lo siento.

–Yo también –admitió Nell–. Lo de la carta era una estupidez. Deduzco que no estabas en la calle por casualidad cuando pasé yo.

–Roxie te vio salir de un supermercado cercano unas horas

antes.

–Ah, Roxie ¿está bien? –preguntó ella tratando de ser civilizada. Roxie era la mujer que él amaba. El hecho de que Raúl hubiera pasado una noche con ella no le daba ningún derecho.

–Sí, está bien –contestó Raúl con impaciencia. Sospechaba que Roxie estaba enfadada con él. Estaban en un restaurante con unos amigos cuando ella le comentó que había visto a Nell. Raúl le preguntó hasta el último detalle y se levantó de la mesa para ir a buscarla, dejando a Roxie sola con sus amigos–. Pregunté por la zona pero, aunque algunas personas creían saber quién eras, nadie sabía dónde vivías. Así que esperé.

–¿Esperaste?

Él asintió.

–Y menos mal que lo hice. Una caída así podía haber tenido muy malas consecuencias.

Raúl parecía haber olvidado que ella no se habría caído si él no hubiera estado allí, pero parecía tan afectado por la noticia que ella le había dado que no se atrevió a reprochárselo.

–¿De cuánto tiempo estás?

–¿No eres capaz de averiguarlo tú mismo? –Nell no pudo evitar preguntárselo con amargura.

–Doce semanas –dijo él, y la miró fijamente–. Es difícil que me olvide de algo de lo que me he arrepentido desde el día que sucedió. Su admisión fue como una bofetada para Nell. Bajó la vista para ocultar su dolor. «Seguro que ahora que sabe que estoy embarazada se arrepiente aún más». Tenía que asegurarse de que él supiera que no le debía nada–. ¿Por qué te marchaste de esa manera? Sin decirle nada a nadie.

–Porque como bien has dicho, fue un error, y yo tampoco quería repetirlo.

–¿Crees que habría podido forzarte?

–¡Por supuesto que no! –suspiró ella–. Pero a lo mejor te lo hubiera pedido yo –admitió–. Los dos necesitábamos tiempo para que se enfriaran las cosas. Creí que era lo mejor.

–¿Y lo que yo pensara no era importante?

–Yo sabía lo que pensabas.

–Lo dudo –dijo él, y le sujetó el rostro–. Tienes que olvidarte del pasado, Nell. Sobre todo ahora que vas a tener un hijo –ella lo miró–. Sé que crees que lo que sentiste por Javier era amor, pero no lo era. Sólo te encaprichaste de un hombre demasiado mayor para ser lo que tú querías que fuera. Es comprensible, habías perdido a tus padres, y buscabas una figura paterna más que a un compañero.

Ella pestañeó al oír la interpretación equivocada acerca de su relación con Javier.

–No fue…

–Sé que es difícil aceptarlo, pero tienes que hacerlo. Tienes que dejar de pensar que traicionas su recuerdo cuando sientes algo por otro hombre… por mí. Porque sé que es así… quizá Javier fuera el hombre de tus sueños, pero eres una mujer y los sueños no son suficiente. Necesitas un hombre de carne y hueso. Un hombre que pueda abrazarte. ¡Me necesitas! –Nell lo miró asombrada, incapaz de interpretar sus palabras ni la expresión de su rostro–. Pensé que erais amantes y estaba celoso. Me avergonzaba sentir celos de mi propio hermano y lo pagué contigo. Te eché la culpa de todo –se cubrió el rostro con las manos.

Raúl todavía pensaba que ella había estado enamorada de Javier. ¿Cómo alguien tan inteligente podía estar tan equivocado?

Se quedó observándolo durante un momento. Se sorprendía de ver cómo había desvelado sus sentimientos y el dolor que sentía. Se colocó detrás de él y lo abrazó con fuerza. Notó que estaba muy tenso y, al apoyar la cabeza sobre su hombro, él suspiró.

Después, ambos permanecieron en silencio durante un rato. Fue Nell quien habló primero.

–¿Celoso…?

Raúl se volvió y ambos se miraron.

–¿No era evidente? –preguntó él.

–Para mí no –susurró ella.

–Debes casarte conmigo, por supuesto.

–No puedo hacer eso –le dijo acariciándole la mejilla.

–¿Crees que puedo morirme en cualquier momento? Nell retiró la mano y la llevó a sus labios–. Ni lo menciones.

Él le besó los dedos, uno a uno, y cuando terminó, Nell tenía la respiración acelerada y la habitación le daba vueltas.

–Me he hecho las pruebas. La semana pasada me dieron los resultados y estoy bien. Tengo futuro. «Pero no conmigo», pensó ella. Nell no pudo contener las lágrimas y apoyó la cabeza contra el hombro de Raúl–. Así que no hay motivo para que no nos casemos.

–Dijiste que no querías casarte.

–He cambiado de opinión. ¿Vas a condenar a un hombre por las tonterías que dijo en el pasado?

–No me remontaba al pasado. Hoy día la gente no se casa porque haya un hijo de por medio.

–No me interesa lo que la gente haga. Tengo intención de ser el padre de mi hijo.

–Estoy segura de que podemos encontrar la manera de que te sientas implicado al cien por cien y, me alegro, me alegro de que los resultados de las pruebas sean buenos. No es que realmente importe. Si se ama a un hombre, no importa que vaya a vivir cincuenta años o una semana –explicó ella.

Él la miró con frustración.

–Soy el padre de tu hijo, y vas a casarte conmigo aunque tenga que arrastrarte hasta el altar.

–¿Y Roxie?

–¿Qué tiene que ver con nosotros?

–Mucho, Raúl. Me temo que no comparto tu actitud respecto al sexo, y que nunca lo haré. Si me caso no voy a hacer como si no me importara con quién se acuesta mi marido. El matrimonio tiene que basarse en el amor y el respeto mutuo.

–Creo que ya hemos dejado claro que tú no me amas ni me respetas y, después de cómo me aproveché de ti, no me extraña. Pero resulta que soy el padre de tu hijo… y si fueras capaz de olvidar el pasado…

–¡No quiero olvidar el pasado! –lo interrumpió ella–. Me trae recuerdos que quiero conservar siempre. Y sí te respeto, Raúl, te… te quiero. Tanto que me hace sufrir.

–Por cierto, si has leído el periódico durante el último mes, sabrás que Roxie y Tristram van a casarse de nuevo el próximo mes –de pronto, se puso en pie.

–¡Oh, Raúl, siento mucho lo de Roxie! –dijo Nell, y se puso en pie también.

–¿Me quieres…?

Nell lo miró y se sonrojó.

–No quería decir eso.

–Pues lo has dicho –dijo él con complacencia.

–De acuerdo, pero no sabía lo que estaba diciendo.

–¿Porque te cuesta pensar cuando estoy a tu alrededor…?

–¡Podría pegarte!

–Ven y bésame en vez.

Nell sintió que el calor invadía su cuerpo. Dio un paso atrás, no se fiaba de sí misma.

–Roxie –dijo ella, mencionando a la actriz para evitar hacer lo que más deseaba.

–He tenido amantes en el pasado, pero Roxie no es una de ellas.

–Pero dijiste… Pensé… –Nell se quedó boquiabierta.

–Ya sé lo que pensabas. No es difícil averiguarlo cuando llevas tus sentimientos escritos en la frente. No es algo que quisiera

desmentir. Yo me moría de celos y decidí que tú también podías sufrir un poco.

–Te acostaste conmigo por rivalidad con tu hermano. No tenías por qué, nunca amé a Javier… Bueno, lo quería, pero no estaba enamorada de él. Era casi como un padre para mí.

–¡Y te atreves a llamarme estúpido! Me acosté contigo, porque no podía evitarlo. Me obsesioné contigo desde el primer momento en que te vi. Me convencí de que te había llevado a vivir a mi casa por el bien de los niños, pero en realidad te llevé porque no podía soportar perderte de vista. Las últimas semanas han sido una pesadilla. Al principio no podía ir a buscarte porque no sabía si tenía una vida por delante para compartir contigo; después, cuando me enteré de que estaba bien, parecía que hubieras desaparecido de la faz de la Tierra. Cuando Roxie me dijo que te había visto, podría haberla besado.

–¿Pero no lo hiciste?

–Tenía demasiada prisa.

–Bien. No creo que me guste saber que besas a otras mujeres. A mí sí me puedes besar.

Raúl se acercó a ella, la tomó entre sus brazos y la besó con pasión.

–No volverás a abandonarme –susurró Raúl.

–Esta vez tampoco quería abandonarte, sólo que creía que no me querías y me avergonzaba por lo que había hecho.

–Eres tan bella… tan generosa… y salvaje… –se calló al ver que ella lo amenazaba con el puño.

–No parecía que en aquellos momentos te importara mucho.

–Pensé que me había muerto y que estaba en el Cielo. Eras mi fantasía hecha realidad –se separó de ella–. ¡Oh, cielos, si no estuviéramos aquí!

–No tenemos por qué estar aquí. El médico ha dicho que puedo irme a casa. No eres el único que está bien –le dijo.

–¿No tenemos que quedarnos?

–No.

–¿Y por qué no lo has dicho antes? –se quejó él.

–¿Qué prisa tienes? ¿Y qué pasa con mi té? –protestó ella cuando él la agarró de la mano y recogió su abrigo.

–Hace frío. Y tengo prisa porque en este sitio me siento inhibido.

–Y mi ropa… ¡Raúl! –se quejó entre risas al ver que iba en la bata del hospital.

–Te compraré ropa, te lo prometo –le dijo, tomándola en brazos.

–¿Crees que puedes comprarme? –bromeó ella mientras el la

llevaba por el pasillo del hospital ajeno a las miradas de los demás.

–Creía que podía comprar cualquier cosa hasta que te conocí, pero he descubierto que las cosas importantes de la vida no tienen precio, y tú, amor mío, eres lo más importante para mí, y siempre lo serás.

Nell sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

–¿Estás llorando?

–Soy tan feliz…

–Mujeres –dijo Raúl con indulgencia mientras la llevaba en brazos.

Capítulo 16

EN SU primer aniversario, Nell le regaló a Raúl un retrato que había hecho de él. Con timidez, le preguntó:

–Creo que he reflejado tu expresión… –sugirió ella–. Al ver que no respondía, añadió–: ¿Te gusta?

Raúl levantó la vista despacio.

–¿Así es como me ves?

Ella asintió.

–Querida, tienes un talento increíble. Lo guardaré como un tesoro.

–Creo que ayuda estar enamorada de ti.

–Me parece que mi regalo es inadecuado después de esto. Iba a regalarte aquel collar que vimos en Madrid el mes pasado, pero pensé en otra cosa. No la tengo aquí.

–Todo esto es muy misterioso –se quejó ella, y observó cómo él le ponía el abrigo al pequeño Javier–. ¿No me das una pista?

Raúl negó con la cabeza, puso una enigmática sonrisa y le tendió el bebé. Era igual que su padre y ella todavía sentía un nudo en la garganta al verlo. Raúl había decidido trabajar menos para poder estar más tiempo con su nueva familia y Nell no podía creer la suerte que tenía. El año anterior había sido el más feliz de su vida.

–Creo que tu padre es malo, ¿verdad, Javier? –se quejó hablando con su hijo, que iba dormido en el coche mientras Raúl conducía por la ciudad.

–No me mires así, no voy a decirte adónde vamos –le dijo Raúl.

Diez minutos más tarde, Raúl detuvo el coche frente a un solar.

–Ponte esto.

–Nell miró el casco amarillo que él le entregaba.

–¿Me has comprado un casco por nuestro aniversario?

–Póntelo, Nell –dijo Raúl, y se puso otro igual.

–Tú estás muy sexy, yo… –comentó ella. Raúl salió del coche y sacó a Javier de la sillita. Después le puso casco en miniatura y Nell se rió–. ¡Qué gracioso!

–¿Y yo? ¿No estoy gracioso? –preguntó Raúl.
–Estás irresistible.
Él sonrió y se echó a un lado para que pasara.
–Ten cuidado, el suelo es muy irregular.
Nell se fijó en los hombre y las máquinas que trabajaban en la construcción.
–¿Me has comprado un solar en obras?

–No exactamente. Vamos allí –dijo señalando una caseta a modo de oficina. Una vez dentro, Raúl desenrolló unos planos sobre un escritorio–. El comienzo de la obra se retrasó por un imprevisto, pero me han prometido que estará finalizada para después del verano.
Nell se sentó junto al escritorio y miró los planos.
–He consultado con las personas de la asociación benéfica en todo momento –dijo Raúl mirándola a los ojos–. Y me sugirieron que hiciera una zona de descanso.
–¡Raúl, has reconstruido el centro! –exclamó asombrada.
–Bueno, no exactamente. Decidí que las humedades y la pintura desconchada no había que ponerlas.
–Debes de haber estado mucho tiempo planeando esto.
–Un poco.
–Y te habrá costado una fortuna.
–A lo mejor no te has dado cuenta, pero soy un hombre muy rico.
–Aun así… –Nell sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y se puso en pie–. ¿Lo has hecho por mí?
–Haría cualquier cosa por ti –dijo él–. Pensaba que te gustaría… pero te he hecho llorar. Debí haberte comprado el collar. Bueno, de hecho… –se colocó al bebé en la cadera y metió la mano en el bolsillo–. Lo compré de todos modos –sacó una caja de terciopelo rojo.

Nell la aceptó con manos temblorosas y sacó el collar de diamantes.
–Es precioso.
–No –la corrigió él–. Tú eres preciosa e hiciste que sea el hombre más feliz del mundo casándote conmigo. Cuando Javier nació, esa felicidad fue mucho mayor.
–¡Eso es lo que yo siento! –admitió ella, y apoyó la frente sobre el pecho de su marido. Cerró los ojos e inhaló su aroma–. ¿No vas a hacerme un tour?

–En otro momento. Ahora quiero verte con ese collar puesto.

–Tendré que comprarme algo que le haga justicia.

–Sé lo que es adecuado.

–¿Mi vestido negro? El que… –se calló al ver que Raúl negaba con la cabeza.

–El vestido negro no –la miró de arriba abajo–. Quiero ver el collar contra tu piel desnuda, nada más le hará justicia.

–¿Quieres decir que deseas verme…? Creo que debemos irnos a casa inmediatamente, Raúl.

–Me has leído la mente, querida.

–Por eso me he sonrojado. Eres un hombre malo –le reprochó.

El sonido de la risa de Raúl la hizo estremecerse.

–Tú me inspiras para que sea peor –admitió él.

Nell sonrió. ¡Le gustaba la idea de inspirar a su marido durante el resto de sus vidas!